

A woman in black lace lingerie is shown from the chest down, sitting on a beach. The background features a sunset over the ocean with waves crashing onto the shore. The scene is dimly lit, with the primary light source being the setting sun, which creates a shimmering path of light on the water's surface.

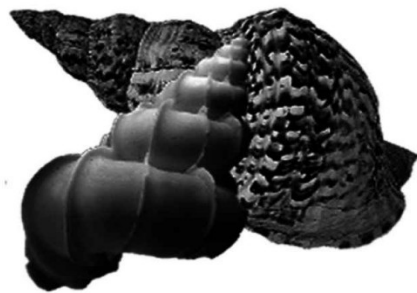
A pasionante verano

**Brianne Miller
y
Adrian Blake**



Apasionante verano

Brianne Miller y Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Agosto 2018
Título original: Apasionante verano
Adrian Blake © 2018 & Brianne Miller © 2018
Diseño de Portada: Gema Millanes
Maquetación: Gema Millanes
Imágenes de portada: Shutterstock

MIRIAM (Brianne Miller)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

Hugo (Adrian Blake)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

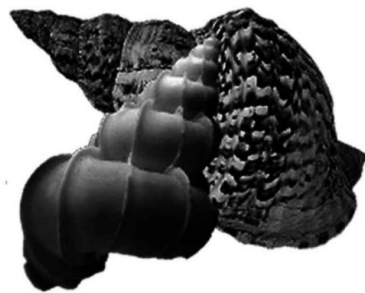
[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

Miriam

Brianne Miller



Introducción

Aunque hoy empiezan mis vacaciones me he levantado temprano. Ya lo tengo todo listo: las maletas, los billetes de autobús, el resguardo de la reserva... Nos vamos a pasar unos días en una villa de lujo en la playa de los alemanes, en Cádiz. Lidia, Ester y yo hemos estado ahorrando todo el año para poder hacer este viajecito: sol, playa, relax... y tranquilidad.

El móvil suena por enésima vez en lo que va de mañana y lo cojo con el hombro para poder cerrar las maletas.

—Que ya voy, tranquila —contesto, porque sin mirar sé que es Ester quien me llama.

—¿Qué te queda, lenta? —protesta con impaciencia— Vamos a perder el autobús.

—¿Quieres calmarte? Vamos con tiempo de sobra para tomarnos un café en la estación.

—Sí, claro, de un trago a lo mejor. Baja de una vez, anda, que el portero ya nos está mirando algo raro.

Sonrío y guardo el teléfono en el bolsillo de mi bolso antes de repasar la lista que siempre hago cuando me voy de viaje: cargadores, cepillo de dientes, coleteros... Lo llevo todo. El taxi tiene que estar al caer, así que bajo al portal para encontrarme con mis amigas.

—Ya estoy, ya estoy —digo saludándolas.

—Miriam, tú siempre la última —protesta Lidia sin apartar la mirada del juego del móvil.

—¿Has reservado el coche? —pregunta Ester.

—Sí, tenemos que recogerlo en el puerto de Algeciras. Es un Volvo no sé qué.

—Chicas, el taxi —avisa Lidia.

Tras cuatro horas de autobús hasta Algeciras y otra hora en coche, llegamos a nuestro destino. La villa, *Afrodisia*, dispone de cuatro dormitorios, dos baños completos y dos aseos, un salón comedor con chimenea y una cocina equipada con despensa y lavadero. Posee además varias terrazas y unos jardines muy cuidados con árboles frutales, palmeras y vegetación tropical. Desde el salón se

accede a una piscina con un gran *solarium*. El dueño de la casa me mandó un mensaje esta mañana para informarme de que le iba a ser imposible estar aquí cuando llegásemos, así que nos darán la bienvenida las personas que se ocupan del mantenimiento de la villa.

Nos abre la puerta una señora de unos cincuenta años con sonrisa afable.

—Buenas tardes, señoritas —dice invitándonos a entrar—. Sean bienvenidas a *Afrodisia*, la villa del placer.

Mis amigas y yo nos miramos divertidas ante tan extraña presentación, pero entramos en la casa y el que debe ser el marido de la señora nos coge las maletas.

—Él es mi marido Juan, y yo soy Teresa. Nos ocuparemos de alojarlas antes de irnos.

Teresa nos ofrece un cóctel de mango a cada una y nos acompaña a las habitaciones.

—Las dejo que se instalen, señoritas.

Dicho esto, se marcha y Ester me mira con su vena detectivesca en marcha.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Te has dado cuenta de que han puesto nuestras maletas en dos habitaciones?

—¿Y qué? —contesto.

—Pues que somos tres, y esta villa tiene cuatro dormitorios.

—Tal vez ellos duerman en las otras dos —sugiere Lidia.

—Acaban de decir que se marchan —contesta Ester—, así que voy a investigar.

Como era de esperar, no encuentra nada que indique algo extraño, así que después de echarlas a suertes me quedo con la habitación grande que tiene vistas al mar y ellas dos se instalan en dos de las que dan a la parte trasera de la casa. Colocamos la compra que hemos hecho en un supermercado del camino y tras comer algo ligero nos pasamos toda la tarde en la piscina. Aunque me doy algún baño, permanezco la mayor parte del tiempo leyendo bajo una sombrilla para no terminar achicharrada como cada vez que voy a la playa, y al atardecer me voy a dar un paseo por la orilla del mar, al que se accede por una puerta desde el jardín. Aguas cristalinas, arena blanca y alguna que otra conchita que me dedico a recoger. Definitivamente esta playa no tiene nada que envidiarle a las playas del caribe.

Tras la cena nos vamos a dormir, estamos demasiado cansadas para nada más. Me despierto sobre las dos de la madrugada con una sed tremenda, así que bajo a la cocina en busca de agua fresca. Estoy cerrando la puerta del frigorífico cuando una silueta masculina me sobresalta. Me alejo lentamente tanteando la

encimera para encontrar algo con lo que defenderme, y cuando encuentro un cuchillo lo empuño hacia el desconocido apretándolo con fuerza.

—¿Quién coño eres tú? —espeto.

El desconocido da un salto tan sorprendido y quizás tan asustado como yo, y suelta la bolsa de deporte que lleva en la mano con mucho cuidado en el suelo antes de levantar las manos, todo esto sin dejar de mirarme.

—Vamos, tranquila... —susurra— Suelta eso, no voy a hacerte daño.

—¿Crees que soy estúpida? ¡O te marchas ahora mismo o llamo a la policía!

Me sorprende ver entrar en la cocina a otros dos hombres charlando animadamente, y se detienen en seco al verme parada en mitad de la cocina con un camisón de florecitas y un cuchillo de carnicero en la mano.

—¿Y esta quién es? —pregunta uno de ellos.

—Si te calmas, puedo explicártelo todo —continúa diciendo el primero sin prestarle atención a su amigo.

—Sabes que somos tres, ¿verdad? —dice el tercero de ellos— Podríamos reducirte en menos que canta un gallo.

—¡Joder, Pedro! ¿Quieres callarte? —protesta el que entró primero— Lo único que hace falta es que la asustes más de lo que ya está.

Vuelve a centrar su atención en mí y un escalofrío me recorre cuando sus ojos castaños me miran de arriba abajo.

—Somos los huéspedes —dice al fin—. Sentimos llegar tan tarde, pero hemos sufrido un pinchazo.

—¿Cómo que los huéspedes? Esta casa la reservé yo para mí y mis amigas, y con meses de antelación, por cierto.

—Esto es una broma pesada, ¿verdad? —pregunta su amigo.

—Eso quisiera saber yo —contesto.

El primer chico se pone de lado dejándome ver su culo y su espalda, que es de las que me gustan a mí: grandes y con un hueco en el centro.

—En el bolsillo derecho está el resguardo de la reserva —aclara—. Te aseguro que hemos pagado una buena suma de dinero por esta casa.

Me acerco sin soltar el cuchillo y saco con dos dedos el resguardo de una agencia de viajes online diferente a la mía, y efectivamente ellos también han pagado por pasar aquí las vacaciones.

—Debe haber un error —contesto devolviéndole el resguardo y soltando el cuchillo— Llamaré a la agencia y...

—Es muy tarde y estamos muy cansados —contesta el chico—. ¿Por qué no nos vamos a dormir y arreglamos todo esto por la mañana?

Tras un segundo de duda, asiento.

—Soy Hugo, por cierto —dice el del culo de infarto—. Estos son Pedro y Dani.

Estrecho sus manos y me doy la vuelta para marcharme de nuevo a la cama.

—¿Podrías decirnos dónde podemos dormir? —pregunta Dani— Supongo que vosotras habréis ocupado las habitaciones, así que...

—Hay un dormitorio libre con dos camas y el sofá del salón es bastante confortable. En el frigorífico hay comida por si tenéis hambre, pero mañana la tendréis que reponer.

Me doy la vuelta para marcharme pero Hugo me sujeta por la muñeca con suavidad.

—No me has dicho tu nombre —comenta con una sonrisa.

—Miriam... me llamo Miriam.

—Puedes dormir tranquila, Miriam... no tienes nada que temer de nosotros.

—Eso dicen todos, y después...

Subo corriendo las escaleras y cierro la puerta de mi cuarto con el cerrojo. Él dice que no tengo nada que temer... pero creo que corro el peligro inminente de acabar en su cama.

Capítulo 1

A la mañana siguiente me despierta el grito histérico de Ester. ¡Mierda, olvidé avisarlas de los nuevos ocupantes de la casa! Corro escaleras abajo y llego al salón justo a tiempo de arrebatarme de las manos la bandeja con la que intenta dejar inconsciente a Hugo a base de golpes.

—¡Quieta, Ester! —digo agarrándole las manos.

—¿Quieta de qué? —protesta— ¡Se ha colado en la casa!

—No... déjame explicarte...

El grito de Lidia me arranca un suspiro.

—No le golpees, estate quieta, que ahora mismo vuelvo y te lo explico todo.

Me da un poco de pena dejar a Hugo parapetado detrás del sofá, pero no tengo tiempo de preocuparme por él ahora mismo. Llego al cuarto de baño y veo salir a Pedro con la ceja abierta y sangrando a chorros, así que le doy una toalla para que se apriete la herida y entro a tranquilizar a mi amiga.

—¡Es una bestia! —grita Pedro— ¡No sabía que estaba en el baño!

—¡Violador de mierda! —grita Lidia sin dejar de tirarle todos los botes que tiene a mano— ¡No sabes con quién has dado, cabrón!

—¡Lidia para! —intervengo poniéndome delante de Pedro— ¡No es ningún violador, por Dios!

—¡Ha intentado meterse en la ducha! —protesta ella.

—¡No sabía que estabas ahí! —se defiende Pedro.

—¡Silencio! —grito dejándoles mudos.

Tengo que inspirar con fuerza para poder serenarme, porque la situación es de chiste.

—A ver, Lidia, ha habido un problema con la reserva y él tiene tanto derecho a estar aquí como nosotras.

—¡Vamos no me jodas! —gime Lidia.

—Tenemos que llamar a la agencia, así que cálmate un poco.

—Eso no explica que intentase colarse en la ducha.

—¡Que no sabía que estabas aquí! —protesta él señalando los auriculares de su iPhone— Tenía puesta la música y estaba distraído.

—En mi dormitorio hay otro cuarto de baño, Pedro, puedes ducharte allí — sugiero.

Media hora después he conseguido sentarles a todos en el salón. Por suerte el golpe de Pedro no era tan grave como parecía y he podido curárselo yo misma con un par de puntos de papel, así que no hemos tenido nada que lamentar.

—Nos han alquilado la casa a ambos —aclaro al fin—. No sé cómo ha podido pasar, pero supongo que ha sido por estar en dos agencias distintas.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Ester.

—He llamado a nuestra agencia y me han dicho que debo solucionarlo directamente con el dueño de la vivienda, pero no me coge el teléfono —digo frustrada.

—Voy a intentarlo yo, a ver qué pasa —contesta Hugo saliendo al jardín.

Observamos atentamente cómo marca una y otra vez el teléfono del casero sin obtener respuesta, y tras darle una patada a una de las hamacas que hay junto a la piscina entra de nuevo en la casa.

—Nada, no contesta —confirma.

—¿Y ahora qué? —pregunta Dani.

—Ahora recogéis vuestras cosas y os marcháis —sugiero—. Lo siento, chicos, tal vez más tarde podréis contactar con el casero.

—Espera, ¿qué? —pregunta Hugo con una sonrisa de asombro— Nosotros no vamos a irnos a ninguna parte, preciosa. Hemos pagado una buena suma de dinero por este chalet y no voy a perder mi dinero.

—¡Nosotras llegamos primero! —me defiende acercándose un paso.

—¡Y tal vez lo reservé primero yo!

—¡Nosotras tenemos la llave! —contesto.

Nuestras narices casi se tocan cuando me deja ver el llavero con otro juego de llaves colgando de su dedo. Puedo ver una furia y una frustración similar a la mía en sus ojos castaños, y para qué negarlo, estoy segura de que si en este momento alguno de los dos diese el paso de besar al otro terminaríamos teniendo el mejor polvo de la historia.

—Vas a seguir durmiendo en el sofá —contesto al fin.

—Duermo muy bien aquí.

—No vamos a ser vuestras criadas. Limpiaréis lo que ensuciéis y os haréis vuestra propia comida —sentencio.

—Y yo que creía que serías mi esclava... —contesta él con un chasquido.

—Sigue soñando, chaval... sigue soñando.

Me doy la vuelta enfurecida con todo, pero tiene razón, él ha pagado igual que yo y tiene derecho a disfrutar de la casa. Entro en mi cuarto dando un portazo y vuelvo a llamar al maldito dueño de la propiedad, pero ahora su

teléfono aparece apagado o fuera de cobertura. Le pido responsabilidades a la agencia de viajes, pero ellos se lavan las manos. Con decir que ellos solo son los intermediarios entre el dueño de la vivienda y el inquilino tienen bastante, así que lanzo el teléfono contra la cama, porque no soy tan estúpida como para estamparlo contra la pared.

Será mejor que me haga a la idea de que nos han timado. Mirándolo por el lado bueno, podría haber sido mucho peor que tener que compartir la casa con tres hombres. ¡Pero iban a ser unas vacaciones de chicas! Con un suspiro, me pongo mi biquini, mi pareo y la pamea que compré para la ocasión y me bajo a la playa. Mis amigas ya están allí, colocadas junto a una sombrilla tostándose al sol.

—Hola, chicas —digo dejando mis cosas para abrir mi silla de playa bajo la sombrilla.

—¿Ya se te ha pasado el enfado? —pregunta Lidia.

—Pues no, pero nadie se responsabiliza de esto y no pienso dejar que tres idiotas me fastidien las vacaciones.

—Tres idiotas que están muy buenos... —responde Ester con picardía.

—Vaya gusto tienes, hija —protesto—, hay tíos mucho mejores que estos.

—Tal vez, pero estos los tenemos bajo el mismo techo —dice Lidia.

—¿Pero esto no iban a ser unas vacaciones de chicas? —protesto— No estaréis pensando en liaros con alguno, ¿verdad?

—Hombre... —contesta Ester— Si alguno se deja...

—Nosotras también nos dejaremos —termina Lidia.

Me echo a reír sin poder evitarlo. Vaya dos elementos tengo por amigas... me recuesto y abro el libro que estoy terminando de leer. Sí señor, esto es vida... El viento sopla suavemente, el sol brilla en el cielo, la playa no está demasiado llena de gente... De pronto un balón de playa se estampa contra mi cara haciéndome aullar.

—¡Será posible! —protesto sacándome la arena de la boca.

—Lo siento, ¿estás bien?

Me vuelvo para ver a Hugo corriendo hacia mí con cara de consternación.

—¿Es que no hay más playa? —protesto.

—Estamos ahí detrás echando una partida de vóleibol pero Pedro es bastante malo lanzando y... ¿Te has hecho mucho daño?

—¿Tú qué crees? Me habéis dado en toda la cara.

—Ya te he dicho que lo siento —contesta él bastante molesto— ¿Vuestra amiga siempre está de tan mal humor? —pregunta a mis amigas.

—Solo cuando los planes no salen como ella esperaba —contesta Lidia—. Se le pasará en unas horas, ten paciencia.

—¿Qué te parece si para disculparnos preparamos nosotros la comida? —me sugiere.

—No, gracias —contesto.

—En realidad quiere decir que le encantaría —me interrumpe Ester mirándome con un gesto de advertencia.

—A las dos y media, ¿os parece bien? —pregunta Hugo.

—Muy bien —contesta Lidia.

—Pues ahora nos vemos.

Veo cómo se marcha y no puedo evitar fijarme en esa espalda que consigue que me recorran escalofríos al imaginarme a su dueño encima de mí... o debajo, dicho sea de paso. Ester me da un manotazo atrayendo de nuevo mi atención.

—¿Por qué me das, burra? —protesto.

—¿A ti qué coño te pasa? —me regaña— El hombre está siendo de lo más majo y no paras de darle cortes.

—No me cae bien.

—No le conoces, así que no puedes saber si te cae bien o no. A ellos les han engañado tanto como a nosotras, ¿lo has pensado?

—Sí, pero...

—Pero nada. Seguro que él se siente tan frustrado como tú si no más, y en vez de pagarlo con nosotras está siendo amable y educado. Deja de ser tan insoportable o voy a terminar por darte una hostia.

—Si tú no quieres ligar nosotras sí —Añade Lidia—. Me quedo con Dani. —Levanta las cejas—. A ese lo puedo manejar yo la mar de bien.

—Muy bien, seré civilizada por vosotras —claudico al fin.

—No te pedimos más —contesta Ester.

A las dos volvemos a la casa, y tras darme una ducha me pongo un vestido fresquito y bajo a la cocina. Hugo está cocinando sin camiseta y mis amigas están coqueteando descaradamente con sus amigos. ¿En serio? ¡Si de los tres él es quien más vale!

—Hola —digo sentándome en un banco junto a la isla—. ¿Qué cocinas?

—¿Ya te caigo bien?

—No es que no me caigas bien, es que todo esto me da rabia.

—¿Crees que a mí no? Nos han estafado, Miriam, a los dos. Pero podemos estar todas las vacaciones enfadados o podemos intentar divertirnos un poco a pesar de las circunstancias.

—Llevamos todo el año planeando estas vacaciones. Vimos la casa hace tiempo y hemos estado ahorrando para poder tener las vacaciones perfectas, y ahora...

—¿Y por qué piensas que no pueden llegar a ser perfectas?

—Porque tenemos que compartir la casa con vosotros.

—Pero no tenéis por qué compartir vuestro tiempo.

—Mira a mis amigas —contesto señalando al salón—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de conseguir que estas vuelvan a ser unas vacaciones de chicas?

—Se están divirtiendo. ¿Sabes cómo se hace eso?

—Yo también sé coquetear, si te refieres a eso.

—Menos mal, porque creí que me había tocado la amiga borde.

—Créeme, es la que te ha tocado.

Intento marcharme pero me sostiene de la muñeca.

—¡Vamos, solo era una broma! —se defiende— No me dejes solo, no tengo ganas de sujetar velas durante toda la comida.

Sonríó sin poder evitarlo y vuelvo a sentarme. Él me ofrece una copa de vino, que rehúso.

—No bebo alcohol —me excuso—. Mejor un refresco.

Él asiente y saca del frigorífico una Coca-Cola y la sirve en una copa antes de pasármela.

—En la lata habría bastado —digo antes de dar el primer sorbo.

—Las latas tienen gérmenes.

—¿Eres médico?

—No, albañil, pero mi hermano es enfermero y siempre me da el coñazo con eso.

—¡Y yo que creía que serías un alto ejecutivo o algo así!

—¿Por qué, por veranear aquí? Como tú misma has comprobado, ahorrando también se puede uno dar un capricho.

—Lo sé de sobra, yo tampoco es que tenga un sueldazo pero aquí estoy.

—¿A qué te dedicas?

—Cuido a personas mayores en una residencia.

—Bonito trabajo.

—No siempre, aunque me encanta pasar tiempo con ellos. Cuentan unas historias maravillosas de su juventud.

—Muy bien, pues esto ya está.

Le veo acercarse al salón con paso decidido. Lleva un bañador de palmeras algo estrecho para mi gusto, pero vaya culo le hace...

—Miriam y yo hemos cocinado, vosotros ponéis la mesa —ordena.

—Miriam no ha hecho nada —protesta Dani—. Acaba de llegar.

—Vosotros habéis hecho menos que ella. Vamos, levantad el culo que la comida se enfría.

Hugo vuelve a la cocina y me guiña con una sonrisa que consigue

excitarme. ¿Por qué he tenido que decir que no me gusta ninguno? Si termino liándome con Hugo mis amigas van a estar regodeándose hasta el día del Juicio Final. Pero es que está tan bueno...

—Abre la boca.

No me he dado cuenta de que me tiende un tenedor con raviolis, y hago lo que me pide para probarlos. ¡Dios, qué buenos están! Gimo cerrando los ojos, cosa que debe satisfacerle mucho porque sonrío.

—¿Sabes, borde? Conseguiré que te diviertas, te lo prometo.

Su voz es apenas un ronroneo, y me eriza la piel de todo el cuerpo. Eso es una amenaza en toda regla... la amenaza de conseguir meterme en su cama.

Capítulo 2

Me cuesta mucho dormirme sabiendo que hay tres extraños en la casa. Sí, sé que ellos son tan víctimas como yo, pero no dejo de pensar que en cualquier momento puede abrirse la puerta de mi habitación y... No, mejor me quito esas tonterías de la cabeza. Me levanto con un suspiro y voy a la cocina a coger un zumo, tal vez así logre dormirme. Estoy apoyada en la puerta intentando encontrarlos cuando la voz de Hugo me sobresalta.

—¿No puedes dormir? —susurra.

—¡Joder, qué susto me has dado! —exclamo llevándome la mano al corazón.

Los ojos de Hugo siguen el movimiento de mi mano y se recrean un buen rato en mis pechos, que están poco cubiertos con el camisón que llevo puesto. Chasqueo los dedos a la altura de mi cara con fastidio.

—Los ojos los tengo aquí, guapo —protesto.

—Yo no tengo la culpa de que tengas unas tetas preciosas, Miriam —contesta alzando las cejas.

—Preciosas o no, son mías, así que deja de mirarlas.

—Eres una aguafiestas, ¿lo sabías? —contesta acercándose peligrosamente a mí— Podríamos pasarlo realmente bien si no fueras tan cabezota.

—¿Cabezota?

—Te empeñas en ponerme como el malo de la película solo porque te sientes atraída por mí.

Dejo escapar un bufido nada femenino.

—Estás muy seguro de ti mismo, Hugo. ¿De dónde te sacas que yo esté interesada en ti?

—Tu cuerpo te delata... —contesta pasando el índice por mi cuello— Tu pulso se ha acelerado en cuanto me he acercado.

—Eso es porque me has dado un susto de muerte.

—¿Seguro? —Se acerca un poco más, y mis pechos casi rozan su cuerpo—. Tus pezones se han puesto tiesos, Mir... No me dirás que tienes frío...

—Pues un poco sí —miento.

—Mentirosa —susurra—, estamos a treinta grados.

Acerca su cabeza a mí lentamente, y aunque encuentro mil razones por las que debería apartarme no me muevo ni un milímetro del sitio. Sus labios rozan los míos una, dos veces antes de alejarse de mí con una sonrisa triunfal.

—Es una lástima que no quieras acostarte conmigo, Miriam, porque te aseguro que ambos lo pasaríamos genial.

Dicho esto, Hugo vuelve a su lugar en el sofá y me quedo parada en el sitio con cara de tonta. Tras cerrar la nevera de un portazo subo a mi habitación y me pongo el biquini para bajar a la piscina. Cuando paso por su lado contoneo el culo exageradamente, arrancándole una carcajada, y me tiro de cabeza al agua fresca. ¡Qué bien sienta un baño a estas horas! Jamás se me ocurriría hacerlo en el mar porque no soporto no poder ver lo que hay debajo del agua, pero en esta piscina cristalina con seis focos bastante luminosos es lo mejor que he hecho nunca.

Me tumbo bocarriba sobre el agua para flotar y cierro los ojos con un suspiro, pero un salpicón me hace tambalearme y casi terminar ahogada. Veo a Hugo salir de la piscina por el lado opuesto... ¡Completamente desnudo! Casi me da un ataque al corazón al ver su culo prieto, firme y perfectamente redondeado salir del agua, pero disimulo lo mejor que puedo.

—¿Intentas impresionarme? —digo con una indiferencia que no siento ni de lejos.

—¿Por qué lo dices?

Coge la toalla de uno de los bancos y se da la vuelta hacia mí. Contengo la respiración esperando ver su igual de perfecta herramienta, pero se ha colocado la toalla demasiado bien para que consiga vislumbrarla.

—Deja de estirar el cuello, Miriam, no la vas a ver —dice con cara de satisfacción.

Debo haberme puesto como un tomate, porque me arde la cara. Le saco la lengua y me sumerjo de nuevo bajo el agua, pero antes de que pueda terminar un largo he sido levantada en peso por su brazo.

—¿Qué haces? —protesto intentando zafarme de su agarre— ¡Suéltame, Neandertal!

En vez de hacerlo pega su boca a la mía con fuerza y hunde su lengua en ella, haciéndome jadear. ¡Madre de Dios! Este hombre sabe besar... ¡Vaya que si sabe hacerlo! Un golpe de calor sube de repente por mi vientre y enredo mis brazos en su cuello para ahondar más el beso. Su mano está abierta sobre mi nuca, acunándola, y puedo sentir su erección presionando la minúscula tela de mi biquini.

—Dilo —susurra jadeante—. Dime que te folle y solo tendré que apartar la tela del biquini.

—Por muy caliente que esté —contesto apartándome de él—, no estoy tan loca como para hacerlo sin protección.

Salgo de la piscina con toda la dignidad que puedo dado el estado de mis piernas, que no dejan de temblar, y tras liarme en una toalla subo a mi habitación. En cuanto cierro la puerta me dejo resbalar por ella hasta el suelo con el corazón a mil por hora. Ha sido tan intenso que casi llego al orgasmo con solo el sonido ronroneante de su voz, y si estuviera un poco más loca habría enredado las piernas en su cintura y le habría susurrado que lo hiciera. Con un suspiro, me levanto del suelo y me doy una ducha bien fría para intentar calmarme.

Apenas me he metido en la cama y he apagado la luz cuando la puerta se abre. Hugo entra en la habitación y cierra la puerta a su espalda con suavidad.

—Ahora no tienes excusa —dice enseñándome una tira de preservativos.

—¿Cómo sabías cuál es mi habitación?

—Pedro se ha duchado esta mañana en tu cuarto de baño.

—¿Y has ido a despertarle solo para eso?

—No, nena, le he despertado para que me diera esto —contesta moviendo los preservativos—. ¿Y bien? ¿Me voy o me quedo?

En vez de contestarle aparto las sábanas para mostrarle que estoy completamente desnuda bajo ellas, y Hugo se pasa la mano por la mandíbula antes de acercarse a mi cama y gatear por ella hasta cubrirme con su cuerpo.

—¿Tanto calor tienes, preciosa? —ronronea.

—En vistas de que no iba a tener sexo pensaba masturbarme —le provoco.

No es cierto, me había resignado a dormir sola esta noche, pero solo por el fuego que acaba de incendiar sus ojos merece la pena la pequeña mentira.

—Ya no hace falta que lo hagas —ronronea—, porque te aseguro que pienso dejarte muy satisfecha.

Su boca atrapa la mía, besa mis labios lentamente, tanteándolos, y cuando los abro un poco su lengua entra en busca de la mía. Sus besos son adictivos, sensuales, eróticos... Mi clítoris late deseando que esa misma lengua juegue con él, pero aún no me toca, ni siquiera su piel roza la mía y estoy empezando a volverme loca. Sus brazos tensos sostienen el peso de su cuerpo y su pecho desnudo está a unos centímetros del mío. Arqueo la espalda para salvar esa distancia, pero él se aparta con una sonrisa y se pone de pie para deshacerse del bañador.

Apenas puedo ver la sombra de su miembro, pero es grande, grueso... y muy tentador. Alargo la mano para acariciarle pero él se echa hacia atrás de un salto.

—Aún no, gatita... —susurra— primero me toca a mí.

Hugo se coloca a mi lado y pasa su brazo por debajo de mi cabeza para

atraerme hacia su cuerpo. Con la mano libre acaricia lentamente mi piel, desde el cuello hasta el estómago, haciendo una leve parada sobre mi pezón. Sus dedos apenas me rozan pero siento mil descargas eléctricas recorrerme y me muerdo el labio para no terminar gritando de placer.

—No te contengas —ronronea Hugo—, me encanta que una mujer grite en mi cama.

—No quiero despertar a mis amigas.

—Ellas tendrían que estar tan ocupadas como tú.

—¿Venís de vacaciones o a follar?

—Vacaciones sexuales, gatita...

Vuelve a besarme y mientras su lengua entra y sale de mis labios su dedo corazón recorre la hendidura de mi vagina, acariciando mi clítoris suavemente. Cada vez que la yema de su dedo acaricia mi pequeño botón su boca se bebe uno de mis gemidos, y su glande, que presiona mi muslo, salta buscando entrar en mi cuerpo.

Hugo se aparta de mí para bajar su cabeza hasta mi pecho y succiona mi pezón, lo muerde, lo lame como si fuese un helado de fresa. Cada caricia de su lengua me produce un latigazo de placer indescriptible en el vientre y agarro su pelo entre mis dedos para impedir que se aparte de mi cuerpo. Siento su risa vibrar sobre mi piel, pero en vez de apartarse agarra mi pecho con la mano para inmovilizarlo y continúa con su dulce festín lo que a mí me parecen horas. Cada vez que el orgasmo se acerca, Hugo suelta mi pecho y besa la piel colindante impidiendo que me corra y termino gritando frustrada.

—Tranquila, preciosa —susurra—. No hay prisa, tenemos toda la noche para nosotros.

—Necesito correrme —sollozo.

—Lo sé.

Se levanta de un salto y tira de mis piernas hasta dejarlas colgando en el borde del colchón, y las abre al máximo antes de arrodillarse entre ellas y acercar su boca a mi sexo. La primera pasada de su lengua me lanza de cabeza a la locura, y cuando acaricia mi clítoris rápidamente con la punta me hace llegar al orgasmo casi al momento. Intento cerrar las piernas, pero Hugo me lo impide y no aparta su boca de mi sexo. Lame mi abertura un par de veces, introduce la punta de la lengua en mi canal y vuelve a deleitarse atormentando mi clítoris hinchado y excesivamente sensible. Casi no puedo soportar sus lamidas, y cuando pienso que voy a perder la cabeza un nuevo orgasmo me recorre, más intenso y más largo que el anterior. Ahora sí Hugo se pone de pie, se coloca a toda prisa un preservativo y se hunde dentro de mí de una sola embestida.

¡Madre mía, qué gusto! Su verga es gruesa y presiona mis paredes a cada

centímetro que penetra en mí, haciendo que las sensaciones sean mucho más intensas que de costumbre. Siento su aliento acariciar mi oreja a cada jadeo y no puedo evitar abrir las palmas de mis manos sobre su espalda para sentir cómo sus músculos se mueven, cómo su perfecta espalda se arquea cada vez que se clava en mí hasta el fondo.

Apenas puedo respirar, estoy ardiendo y llena de sudor, pero lo único en lo que puedo pensar es en el hombre que me está dando tanto placer. Sus ojos castaños están velados por el deseo, su boca está a tan solo unos centímetros de la mía y una sonrisa ilumina sus labios antes de besarme. Su sabor es adictivo, y cuando aumenta el ritmo de sus embestidas un nuevo orgasmo sube por mi espalda. Mis paredes se contraen involuntariamente cuando llego a la cumbre y Hugo se queda rígido, con los dientes apretados, antes de caer rendido sobre mí.

—Necesito una ducha —jadeo.

Él se apoya en los codos y me mira sonriente antes de darme un beso en los labios y dejarse caer a mi lado en la cama.

—Ahora te sigo —susurra.

Me voy al cuarto de baño con la excitación volviendo poco a poco a pensar en las posturas que podemos llevar a cabo en la ducha, pero por más que espero Hugo no aparece, así que me meto bajo el chorro del agua templada y me lavo rápidamente. Cuando vuelvo a la habitación le encuentro tirado cuan largo es atravesado en mi cama, completamente dormido. Intento apartarle para poder hacerme un hueco, intento despertarle, pero lo único que recibo por respuesta es un fuerte ronquido, así que me pongo ropa interior y un vestido playero y me bajo a dormir al sofá.

En el salón las olas del mar se escuchan más nítidamente que en mi dormitorio y poco a poco caigo en un profundo sueño, del que me despierto al amanecer al ser transportada como si fuera un saco de patatas escaleras arriba.

—¿Se puede saber qué haces? —protesto— ¡Suéltame, Hugo!

Él me ignora y no me suelta hasta que no me tiene tumbada sobre la cama.

—¿Por qué te has ido? —pregunta con los brazos cruzados.

—Porque pillabas toda la cama.

—¿Y por qué no me despertaste?

—Lo intenté, pero caíste en coma y no hubo manera.

—¿En serio me he dormido? —contesta riendo.

—Sí, en serio, imbécil. He tenido que dormir en ese sillón por tu culpa.

—El sillón es muy cómodo, no seas dramática.

—No dramatizo, pero tendrás que compensarme por ello.

—Créeme, gatita —contesta acercándose a la cama—, eso precisamente es lo que tengo pensado hacer.

Capítulo 3

A la mañana siguiente me despierto deliciosamente dolorida y completamente saciada. Me estiro con una sonrisa y me doy la vuelta, pero Hugo no está en la cama y hace rato que se fue, porque las sábanas están frescas. Me levanto con un bostezo y me pongo un bikini para irme a la piscina en cuanto desayune, porque hoy me apetece leer relajada bajo la sombrilla.

Hugo está en la cocina haciéndose un bocadillo, y aunque esperaba que se acercase a besarme solo me saluda con un guiño y se marcha hacia el salón. Ester llega en ese momento bostezando por el pasillo y me vuelvo hacia la cafetera para servirme una taza.

—Buenos días —dice mi amiga.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—¿Qué cómo he dormido? —pregunta mirándome con una ceja arqueada — ¿Por qué estás tan educada esta mañana?

—Joder, Ester, que solo he preguntado cómo has dormido.

Se queda mirándome fijamente antes de señalarme con el dedo y una sonrisa enorme en su boca.

—¡Tú has follado! —exclama.

—¡Shhh! ¡Baja la voz!

—¿Te has follado al bombonazo? —pregunta Lidia entrando en la cocina.

—¿Queréis bajar la voz? —protesto— Solo ha sido un polvo, no es para que montéis tanto drama.

—¡Oh, claro que lo es, amiga! —dice Ester— Por fin te has deshecho de las telarañas.

—Dime una cosa —susurra Lidia poniéndose misteriosa— ¿Entró bien? Lo digo porque como ya tenías tapón de polvo...

—¿Por qué no os vais a la mierda un ratito? —protesto yéndome a la terraza— Ten amigas para esto...

—¡Oye! —exclama Ester cogiéndome del brazo— ¿No piensas contarnos nada?

—¿Para que sigáis con el cachondeo? Va a ser que no.

—¡Vamos, Miriam! —ruega Lidia— Prometemos portarnos bien.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza a desayunar, pero mis amigas me miran fijamente, como si fuese un enorme trozo de tarta que están deseando comerse.

—Me estáis poniendo nerviosa —protesto.

—Pues habla ya, que parece que te cuesta —contesta Ester.

—Vale, anoche tonteamos en la piscina, la cosa se calentó y lo hicimos.

—¿Y ya está? —pregunta Lidia desilusionada.

—¿Qué más quieres que te cuente?

—No sé, cómo la tiene, si sabe usarla... esas cosas.

—La sabe usar muy bien, os lo aseguro —contesto con una sonrisa— ¿Me dejáis terminar de desayunar, por favor?

—Pues de hoy no pasa que me lleve a la cama a Dani —dice Lidia mirando hacia el comedor—. Creo que le gusto.

—¿Te ha dicho algo? —pregunto.

—Aún no, pero no he puesto en marcha mi estrategia de seducción.

—Vosotras haced lo que queráis, que yo me voy a hacer turismo —contesta Ester levantándose.

Al final tanto Lidia como yo decidimos acompañarla, porque nos hace falta un poco de aire fresco. Pasamos la mañana visitando las ruinas romanas de Tarifa, y después de comer volvemos a la casa. Mis amigas desaparecen y como hace mucho calor decido quedarme dentro, con el aire acondicionado. Media hora después, Hugo aparece con dos limonadas bien frías y me tiende una antes de dejarse caer a mi lado.

—¿Dónde habéis estado todo el día? No os hemos visto el pelo —pregunta.

—Hemos ido a ver las ruinas romanas de Tarifa.

—Me habría gustado verlas.

—Pues cierran a las seis.

—Ya iremos nosotros otro día. ¿Qué haces? —vuelve a preguntar intentando mirar por encima de mi hombro.

—Estoy leyendo.

—Hasta ahí llego, Miriam. ¿Crees que podemos mantener una conversación sin que me contestes de manera tan escueta?

—No estoy siendo escueta, Hugo, pero intento seguir leyendo.

—¿Acaso el libro es más interesante que yo?

—Pues no sé qué decirte —bromeo—. Él no se marcha sin despedirse por la mañana.

—Así que es eso... estás molesta.

—No estoy molesta, ¿de dónde sacas eso?

—¿Tal vez de tu comportamiento? No quise despertarte porque no te he

dejado dormir demasiado, solo eso.

—Pues la próxima vez me despiertas. Me he quedado...

Cierro la boca al instante al darme cuenta de lo que iba a confesarle.

—¿Te has quedado qué? —pregunta con curiosidad.

—Me he quedado con cara de tonta, eso es todo.

—No creo que fuera eso lo que ibas a decir.

Hugo me quita el libro de las manos y lo deja sobre la mesa de cristal.

—¿Por qué no te vas a nadar fuera y me dejas un poco en paz? —protesto.

Él señala las cristaleras con la cabeza y me quedo con la boca abierta al ver el espectáculo que están dando Lidia y Dani. ¡Se lo están montando en la piscina! Intento levantarme para dejarles intimidad, pero Hugo tira de mí y me hace caer sobre sus piernas.

—¿A dónde vas tan deprisa? —ronronea.

—No me apetece ver cómo se lo montan.

—¿Nunca has mirado a una pareja mientras follaban? Es de lo más excitante.

—Es bochornoso. Jamás sería capaz de hacer algo así.

—Claro que serás capaz, gatita —susurra abriendo las piernas para que quede sentada entre ellas—. Mira.

Daniel le ha quitado a Lidia la parte de arriba del biquini y está lamiéndole los pechos. Ella cierra los ojos y abre la boca como si le faltase el aire, su piel se ha enrojecido y sus manos aprietan con fuerza la toalla. El calor empieza a subir por mi espalda ante una imagen tan erótica, pero intento levantarme de nuevo.

—¿No te gusta lo que ves? —ronronea Hugo en mi oído— Pero si es muy excitante...

—Esto no está bien —protesto—. No está bien que espíe a mi amiga.

—Si no quería ser vista solo tenía que irse a su dormitorio, Miriam.

—Tal vez no sabía que estábamos aquí.

—No seas tan mojigata... vamos, suéltate el pelo y disfruta de la experiencia.

Hugo hunde las manos bajo el elástico de mis pantalones cortos y dejo de pensar al momento. Sus dedos juguetean con los labios de mi sexo sin llegar a tocar mi clítoris, y su boca está haciendo estragos en mi cuello. Siento su miembro crecer pegado a mi trasero, y por un segundo tengo la tentación de levantarme, quitarme los pantalones y dejarme caer para que se hunda en mí hasta el fondo. No puedo apartar la mirada de Dani y Lidia, que siguen inmersos en su juego de seducción ajenos a las miradas indiscretas. Ahora mi amiga está completamente desnuda y veo cómo Dani baja por su estómago en dirección a su sexo, no sin antes dedicarme una mirada ardiente que me hace saltar en el sitio.

—Tranquila, gatita... —susurra Hugo— a Dani lo le importa que mires, sino al contrario.

—¿Lo teníais planeado?

—No, pero ya que ha surgido así... ¿Quieres saber lo que se siente al ser observada, nena? ¿Quieres que Dani te mire mientras te follo?

Un calor abrasador sube por mi espalda. No estoy segura de nada, todo esto me viene un poco grande, pero la mano de Hugo enterrada en mi sexo me impide pensar con claridad. Dani ha dejado de mirarme y saca la lengua para hundirla entre los labios de Lidia. ¡Madre de Dios qué bien la mueve! No tanto como Hugo, pero... Mi amiga empieza a retorcerse presa del placer, sostiene su cabeza con fuerza, porque sus nudillos se han puesto blancos, y grita cosas sin sentido. Hugo se deshace de mi ropa y me deja desnuda para la vista de Dani, que deja de chuparla un momento para mirarme de arriba abajo con aprobación.

Dani vuelve a amasar los pechos de Lidia, a lamerlos, a morderlos mientras Hugo amasa los míos, y tengo que agarrar con fuerza sus manos para no terminar llegando al orgasmo aquí mismo. Hugo se ríe, entierra de nuevo la mano entre mis piernas y ahora sí acaricia mi clítoris, pero tan levemente que tengo que concentrarme para sentir el placer. Veo a Dani ponerse de pie, y pone a Lidia de cara a la cristalera antes de empotrarse en ella hasta el fondo. Al principio mi amiga intenta apartarse muerta de vergüenza, pero pronto se deja llevar de nuevo y continúa gimiendo sin apartar la mirada de Hugo y de mí.

Mi compañero sexual se pone un preservativo y sin cambiar de postura me penetra lentamente. Puedo sentir cada centímetro de piel que me invade, cada centímetro que la invade a ella. Bajo inconscientemente la mano por mi estómago hasta llegar a mi sexo y acaricio mi clítoris en círculos mientras Hugo me hace botar sobre su verga. Observo atentamente a mi amiga, que se empotra contra el cristal cada vez que Dani la empala. Los dedos de él sujetan con fuerza su cintura, igual que los de Hugo sujetan la mía. Siento un placer indescriptible, intenso, salvaje, demoledor. Lidia me imita y comienza a tocarse, y termina corriéndose entre gritos de placer.

Hugo me vuelve entonces hacia él y hunde su lengua en mi boca antes de aumentar la fuerza de sus embestidas. Grito, gimo sin control, y en mi fuero interno imagino que Dani se acerca por la espalda y me coge los pechos mientras me besa el cuello. ¿Pero qué me está pasando? Entierro la cabeza en el hombro de Hugo para no pensar en esas cosas, y cuando el orgasmo me arrasa quedo desmadejada sobre su cuerpo.

Al levantar la cabeza descubro que Dani y Lidia han desaparecido, y al pensar en la cara con la que voy a mirar a mi amiga a partir de ahora vuelvo a enterrar la cara en su hombro.

—¿Qué pasa? —pregunta con una carcajada.

—No sé cómo voy a mirarla a la cara ahora —protesto.

—Piensa que ella estará pensando ahora mismo exactamente lo mismo.

—¿Por qué me has hecho hacerlo?

—Porque es excitante. ¿O no te lo ha parecido?

—Sí, pero...

—Pero nada, gatita. Las cosas son tan complicadas como nosotros queramos hacerlas.

—Para ti es muy fácil decirlo, seguro que tus amigos y tú hacéis esto a menudo.

—No voy a negar que de vez en cuando hacemos juegos... divertidos.

—Yo jamás he hecho nada así con mis amigas, ni siquiera soy capaz de contarles con pelos y señales cómo fue la noche contigo.

—¿Y por qué no?

—¡Porque me muero de vergüenza!

—El sexo es divertido, gatita, no vergonzoso.

—Es muy fácil decirlo para alguien sin tapujos.

—Haz un trato con ellas, lo que pasa en *Afrodisia* se queda en *Afrodisia*. Así podrás desinhibirte y volver a ser tú a vuestro regreso.

—Con Lidia después de lo que ha pasado no será fácil hacerlo, pero Ester es harina de otro costal.

—¿Le gusta el sexo?

—¡Pues claro! ¿A quién no le gusta el sexo?

—Si le gusta el sexo aceptará.

—¿Y por qué ese interés en que haga ese trato con mis amigas?

—Porque a partir de ahora voy a enseñarte lo excitante que puede llegar a ser el placer.

Horas más tarde Hugo permanece dormido a mi lado, completamente desnudo. Yo no puedo dormir, no puedo quitarme de la cabeza lo que ha pasado esta tarde. Él tiene razón, ha sido muy excitante y me ha gustado sentirme observada mientras lo hacíamos, pero... ¿Y si este juego estropea nuestra amistad?

—¿Aún despierta? —bosteza Hugo.

—No puedo dormir.

—Deja de pensar, gatita, las cosas simplemente se hacen.

—No quiero que nuestra amistad se resienta por un capricho pasajero.

—Si es de verdad, te aseguro que no se resentirá. Y ahora —susurra colocándose a horcajadas sobre mí— voy a dejarte rendida para que puedas descansar.

Capítulo 4

No he podido pegar ojo en toda la noche pensando en lo que pasó ayer. Ni siquiera he sido capaz de buscar a Lidia para hablar de ello, mucho menos contárselo a Ester. A ella no le van estas cosas y sé que no va a entrar en el juego por mucho que le guste Pedro, así que ni siquiera pienso molestarme en explicárselo.

Anoche le pedí a Hugo que me dejase sola, porque necesitaba pensar en todo esto y su presencia me distrae más de lo que debería admitir. Ahora que pienso con la cabeza fría no puedo evitar creer que todo lo que pasó fue una auténtica locura y que no debería haber caído en su juego. Un suave golpe en mi puerta me hace sentarme en la cama, y mi corazón se desboca al ver aparecer por ella a Lidia, que está muy abochornada.

—¿Estás despierta? —susurra.

—Sí, no puedo dormir.

—Yo tampoco. No puedo dejar de pensar en lo de ayer.

—Ya somos dos.

—Yo no sabía que estabais en el salón, Miriam, si llego a saberlo antes yo...

—Yo sí sabía que estabas en la terraza —confieso.

Mi amiga se queda callada mirándome fijamente, porque mi confesión ha debido sorprenderle muchísimo.

—Hugo me convenció de hacerlo —aclaro—, aunque ahora no me parece tan buena idea.

—Reconozco que fue excitante veros, pero...

—Pero no compensa.

—Para nada. Ahora me siento avergonzada y sucia.

—¿Sucia por qué?

—No sé...

—Solo es sexo, Lidia. No va a volver a repetirse, te lo aseguro, pero solo es sexo.

—Nunca debería haber pasado.

—Ambas nos dejamos llevar. Ellos lo tendrían planeado, me apuesto el

cuello.

—Deberían habernos consultado antes de ponernos en esa tesitura — protesta ella.

—Hugo me pidió que hiciera un pacto con vosotras, ahora que pienso en ello fríamente sé que estos lo que quieren es montarse su propia orgía.

—Seguro, Hugo no dejaba de mirarme con lascivia mientras lo hacíais.

—Dani hizo lo mismo. —Suspiro—. Voy a hablar muy seriamente con él. Si quiere que sigamos teniendo sexo será solos en una habitación cerrada, nada de juegucitos como el de ayer.

—¿Sabes? Ahora que la opción de hacer un trío es mucho más viable no me apetece nada hacerlo.

—Las fantasías son solo eso, Lidia: fantasías.

—Me alegro de haberlo hablado contigo, Miriam. Me sentía tan mal por haberlo consentido...

—Yo también me sentía muy mal —contesto abrazándola—. No quería que algo así se interpusiera en nuestra amistad.

Lidia sale de la habitación más relajada y vuelvo a tumbarme para dormir, pero quiero dejar esto arreglado cuanto antes así que bajo al salón a hablar con Hugo. Le encuentro sentado en el borde de la piscina con una cerveza a su lado.

—¿Podemos hablar? —digo antes de sentarme a su lado.

—Claro... ¿Qué ocurre?

—No pienso repetir lo de ayer. Mis amigas son lo más importante para mí y no voy a volver a pasar el mal rato que acabo de pasar con Lidia.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Completamente. Si lo que quieres es una compañera de orgía, será mejor que te busques a otra.

Intento ponerme de pie para marcharme, pero Hugo me sujeta de la muñeca para detenerme.

—Es que no quiero a otra —dice mirándome a los ojos—, te quiero a ti.

De pronto me veo cayendo al agua fresca de la piscina. Intento salir a la superficie, pero Hugo se tira también y vuelvo a sumergirme. Cuando ya creo que voy a ser incapaz de emerger, él me coge de la cintura y me lleva hacia arriba. Abro la boca para coger una buena bocanada de aire fresco y me aparto el pelo de la cara antes de agarrarme a su cuello.

—¿Estás loco? —protesto— ¡Casi me ahogas!

—Acabo de salvarte, ¿recuerdas? —contesta con una sonrisa.

—Eso no sirve si has intentado ahogarme antes.

—Deja de protestar de una vez y bésame.

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

—¿Y si a mí no me da la gana hacerlo?

Hugo me sujeta de la cabeza y hunde la lengua en mi boca. Intento apartarme, pero es que besa tan bien... al final termino apoyada en la pared de la piscina respondiendo al beso con avidez.

—Eso está mejor... —susurra al apartarse.

—¿Significa esto que aceptas mis condiciones? —pregunto esperanzada.

—Significa que no pienso buscar a nadie.

Vuelve a besarme y enredo las caderas en su cintura para devolverle el beso. No puedo evitar restregarme contra su erección y la presión me arranca un gemido. Siento un calor abrasador subir por mi pecho y le agarro con fuerza del pelo mientras boto arriba y abajo para aumentar la presión sobre mi sexo. Hugo introduce la mano dentro de mis braguitas e intenta apartarlas para entrar dentro de mí. ¿Pero qué cojones está haciendo? ¡Puede vernos alguien! Intento apartarme pero él me sujeta con fuerza.

—Suéltame —gimo retorciéndome.

—¿Para qué?

—¡Puede vernos cualquiera!

—Todos están durmiendo —protesta.

—¡Eso no lo sabes!

Hugo se queda mirándome fijamente con los ojos llameantes, pero consiente en soltarme. Tras salir de la piscina me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo y entramos en la casa. Subimos los escalones de dos en dos y casi me empuja para entrar en el cuarto y echar el cerrojo.

—¿Aquí tengo carta blanca? —pregunta.

Asiento y le veo acercarse a mí como una pantera al acecho. ¿Por qué va tan lento? Me muero de ganas de continuar lo que ha empezado...

—¿Vas a besarme de una vez o voy a morirme esperando? —susurro provocándole.

—No sé... —dice agarrándome por la cintura— Puede que me lo piense.

Muy bien... pues entonces me lanzaré yo. Sostengo su cabeza entre mis manos y pego mis labios a los suyos. Su boca se abre de inmediato y su lengua hace acto de presencia. La mía le sale al encuentro atrevida, y los besos se tornan profundos, desesperados. Sus manos suben por mi espalda hasta encontrar el broche de mi sujetador y lo abren con pericia, y levanto los brazos para que lo saque por mi cabeza junto con mi camisón.

—Me vuelven loco tus tetas, nena —ronronea sin apartar los ojos de mis pechos.

Aprieta uno de ellos con su mano abierta, lo estruja, lo amasa y pellizca mi

pezón entre los dedos sin apartar su boca de la mía. Sus besos me vuelven loca, y las caricias de sus manos están a punto de hacerme llegar al orgasmo. Siento su miembro presionar con fuerza sobre la tela de mis braguitas y ondeo las caderas para sentirlo rozando mi clítoris, que se muere por ser acariciado. Hugo me mira divertido y me hace trastabillar hasta caer sentada en el borde de la cama, se deshace de mis braguitas y se apoya sobre mis muslos para lamer mi sexo hinchado. Sus lamidas son tan certeras que tras unas cuantas pasadas de su lengua por mi clítoris termino corriéndome con fuerza.

Cuando abro los ojos tras recuperar el aliento veo a Hugo colocado a cuatro patas sobre mí con una sonrisa de oreja a oreja en los labios.

—Ahora voy a volverte loca, gatita —susurra.

Siento su miembro entrar en el mío, pero lo hace tan lentamente que tengo ganas de gritar. Aprieto mis músculos vaginales para apresarle y él cierra los ojos y se muerde el labio con un gemido.

—No seas mala, nena, que no me he puesto el condón.

Me retuerzo hasta dejarle tumbado de espaldas sobre la cama y me coloco a horcajadas sobre él con las manos apoyadas en su pecho. Estoy muy caliente y necesito ser yo quien lleve la voz cantante, quiero moverme a mi antojo y que él me deje hacerlo.

—Hoy quiero follarte yo —susurro.

Hugo deja caer los brazos a los lados con la lujuria dibujada en su rostro.

—Haz conmigo lo que quieras —responde.

Cojo un preservativo del cajón de la mesita de noche antes de dejarme caer junto a él. Nunca se me ha ocurrido poner uno con la boca, pero siempre hay una primera vez para todo, así que tras colocarlo sobre el glande acerco mis labios y lo desenrosco con cuidado.

—¡Joder, nena! —gime agarrándome la cabeza— Vas a matarme.

Sonrío sin desatender mi tarea, y me ayudo de la lengua para que el condón quede debidamente colocado. Cuando por fin lo consigo me siento a horcajadas sobre él, agarro su verga con mi mano y empiezo a introducírmela poco a poco. Cierro los ojos involuntariamente ante el placer que me recorre y un gemido escapa de mis labios sin poder evitarlo. Su miembro es tan grueso que expande mis paredes a cada paso, haciéndome sentir cada centímetro como nunca antes lo había sentido.

Hugo me agarra de las caderas y me marca el ritmo a seguir. Al principio obedezco moviéndome despacio arriba y abajo, pero pronto el deseo de llegar al orgasmo me embarga y coloco las manos a ambos lados de su cabeza para aumentar el ritmo. Escucho el sonido que hacen nuestros cuerpos al chocar, sus jadeos se mezclan con los míos y mis pechos rozan levemente su piel cada vez

que me impulso hacia delante. Su verga roza mis paredes proporcionándome más placer, y cuando Hugo se mete uno de mis pechos en la boca y muerde mi pezón llego al orgasmo con un gemido sordo. Me dejo caer sobre su pecho, pero él rueda conmigo dejándome tumbada debajo de él y sigue embistiéndome de manera desenfrenada hasta que con un grito sordo llega al orgasmo también.

Permanecemos largo rato tumbados bocarriba intentando recuperar el aliento. Hugo me mira con una de sus encantadoras sonrisas antes de darme un beso fugaz y correr hacia la ducha. No sé si quiere que le siga, pero estoy tan cansada que soy incapaz de moverme y me quedo con la mirada perdida en el techo.

—Deja de pensar, gatita —dice al volver a la habitación.

—No estoy pensando en nada.

—¿Seguro?

Asiento poniéndome de costado con la cabeza apoyada en la mano. Le observo secarse el pelo, deshacer el nudo de la toalla que lleva a la cintura y dejarse caer junto a mí en la cama.

—Mañana voy a llevarte a un sitio —dice de pronto.

—¿A dónde?

—A un lugar donde pueda matarte sin temor a ser descubierto —bromea.

—Va... en serio... ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa —contesto al fin—. Solo tienes que ponerte un bikini y listo.

—Así que nos vamos a la playa...

—algo así. Solo te pido una cosa, nena... que te dejes llevar.

—Me estás asustando.

—No tienes que tener miedo... estarás conmigo, te lo prometo.

—Eso no me tranquiliza.

—No vamos a hacer nada que tú no quieras hacer, Miriam.

—¿Me lo prometes?

Hugo se ríe y me besa. Voy a darme una ducha rápida con la idea de dormir un poco antes de comer, porque ahora que lo he aclarado todo con Lidia el cansancio me está pasando factura. Salgo del baño pensando que Hugo ya se ha marchado, pero descubro que se ha metido bajo las sábanas. Arqueo una ceja para mirarle y él me guiña apartando las sábanas para dejarme un hueco.

—¿Qué crees que haces? —pregunto.

—Dormir un poco antes de comer, que me has dejado destrozado.

—Esa es mi cama.

—¿Sigo castigado?

—Yo no te he castigado, tú decidiste dormir en el sofá. Deberías haber

dejado a alguno de tus amigos hacerlo si tan incómodo es.

—Pero ahora todos están despiertos y no me van a dejar dormir...

—Pues acuéstate en alguna de las camas de tus amigos, seguro que a ninguno de ellos le importa.

Hugo se levanta y se acerca a mí con cara de niño arrepentido. Tras abrazarme por la cintura empieza a depositar pequeños besos en mi cuello que me están haciendo perder la determinación de echarle.

—Vamos, cariño, déjame dormir contigo —suplica.

—No seas pelota, que no te pega nada.

—¿Y si te prometo un polvo cuando nos despertemos?

—En ese caso... Ya estás tardando.

Horas más tarde me estiro en la cama plenamente satisfecha. Hugo se acaba de marchar, y aunque me suena la tripa del hambre me encantaría seguir metida en la cama un ratito más. Ester irrumpe en mi cuarto sin llamar y se echa a reír cuando me ve.

—Parece que te han follado bien —comenta sentándose a mi lado.

—No puedo moverme. Si por mí fuera me pasaría toda la tarde durmiendo.

—Pues de eso nada, que hoy nos vamos las tres a hacer turismo de compras. Quiero dejar la tarjeta tiritando y las dos me vais a acompañar.

—Por mí perfecto. Me hace falta comprar regalos para la familia y además me he quedado sin champú.

—¡Si echaste un bote entero!

—Ya, pero Hugo se ha duchado un par de veces aquí y parece que se echa medio bote cada vez.

—No te encapriches, Miriam. Ni siquiera sabes de dónde es y en tres días volvemos a casa.

—No me estoy encaprichando de nadie —protesto—. Está bueno y folla bien, así que aprovecho la oportunidad.

—¿Seguro? Mira que nos conocemos...

—Te lo juro, esta vez tengo los pies muy en la tierra.

—Si tú lo dices...

Lidia aparece en ese momento por la puerta y se deja caer a mi lado con un suspiro.

—¡Dios qué calor hace! —protesta— Tu aire es más potente que el nuestro.

—¿Has probado a darle al botoncito de la temperatura? —pregunta Ester.

—¡Pues claro! Pero debe estar estropeado porque no baja de veinte grados.

—Pues esta tarde nos va a tocar pasar calor porque nos vamos de compras —digo.

—Pero las tiendas tienen aire —contesta Lidia con una sonrisa de oreja a

oreja—. Además, me gusta tanto comprar que me da lo mismo el calor que haga.

Después de comer nos vamos de compras a Barbate. Al ser zona turística, el pueblo está lleno de tiendas de todo tipo, desde boutiques de ropa hasta tiendas de chinos. A media tarde paramos a tomarnos un batido en la heladería y llegamos a la casa cerca de las diez de la noche. Tras saludar a los chicos que están jugando a las cartas, dejamos las bolsas sobre el sofá y nos vamos a la cocina.

—Estoy muerta —suspira Lidia dejando caer las bolsas sobre el sofá.

—Yo también —contesto—. En cuanto cene algo me voy a la cama.

—Eso si Hugo te deja —bromea Ester abriendo el frigorífico.

—Hemos metido unas pizzas en el horno —dice Dani desde el salón—. Podemos meter unas cuantas más y compartirlas.

—Gracias, pero no me apetece pizza esta noche —contesta Ester—, yo me voy a preparar una ensalada.

—Pues qué quieres que te diga... yo sí quiero pizza y más si nos la preparan ellos, que así no cocino —contesto yo.

—¿Te ayudo? —pregunta Pedro a Ester mirándola con esperanza.

—Puedo abrir una bolsa de ensalada yo solita, gracias —contesta ella.

La miro con reproche, y ella se encoge de hombros y se vuelve hacia el frigorífico.

—¿Por qué eres tan borde? —protesto— El chico solo quiere ayudar.

—No soy borde, es que no necesito que me abra una bolsa de lechuga.

—Podrías ser más amable —le regaña Lidia—. Lo único que quiere es llamar tu atención, ¿es que no lo ves?

—Es que no quiero que lo haga. No voy a acostarme con él y no quiero que piense lo contrario.

—¿Y por qué no te vas a acostar con él? —pregunto mirando a Pedro— Es muy mono.

—Y muy tonto también.

—Sé amable, Ester —ordeno—. Ahora.

Mi amiga eleva los ojos al cielo pero se vuelve con una sonrisa forzada.

—No necesito ayuda —dice al fin—, pero si quieres puedes hacerme compañía.

Al pobre Pedro solo le falta mover el rabo mientras se acerca a la cocina, así que Lidia y yo nos vamos para dejarles a solas. Me acerco a Hugo, que se echa hacia atrás dejándome espacio para sentarme sobre sus piernas, y miro sus cartas con curiosidad.

—¿A qué jugabais? —pregunto.

—Póker —contesta Dani—. ¿Sabéis jugar?

—Yo sí, pero paso —dice Lidia—. Hoy echan una película de miedo que quiero ver.

—¿Cuál? —pregunta Hugo.

—La maldición de la casa Winchester —contesto—, película que no pienso ver ni muerta.

—¿Por qué?

—Porque luego no puedo pegar ojo en semanas.

—Gallina. —Está provocándome, pero no pienso caer en su juego, que luego pago yo las consecuencias—. ¿Y si la ves conmigo?

—Tú no vas a estar cuando vuelva a mi casa.

Hugo me mira con la pregunta en mente, pero no se atreve a formularla.

—Volvemos el domingo por la tarde —aclaro.

—Nosotros nos volvemos el martes —contesta Dani.

—Vais a tener la casa para vosotros solos un par de días... —dice Lidia dándole un codazo.

—Sí, hija, al fin vamos a descansar de vosotras.

El comentario le hace ganarse otro golpe, pero en vez de enfadarse la sujeta con fuerza y la besa.

—Entonces creo que vamos a pasar de la película —dice Hugo sin apartar esa mirada quemabragas de mí—, vamos a ocupar el tiempo en cosas más... placenteras.

Pronto me veo arrastrada escaleras arriba, y el corazón se me sale del pecho solo de pensar en lo que pasará a continuación. Estoy cansada, pero como he dicho solo nos quedan tres días para estar juntos, y bien vale la pena una noche más de insomnio para paliar los meses de abstinencia que me esperan al volver a la normalidad.

Capítulo 5

Hugo no me ha dejado dormir en toda la noche. Entre el calor que hacía y su pierna cruzada sobre mi cintura era imposible conciliar el sueño, y de buena gana me habría ido al sofá... si hubiese podido mover la mole de carne que tiene por pierna de encima de mí.

—Miriam —susurra en mi oído arrancándome un gemido—. Vamos, nena, que tenemos que irnos.

—Déjame dormir un poco más, por favor...

Escucho la risa burbujear en su garganta y se mete en el cuarto de baño a darse una ducha. ¡Gracias a Dios me deja un poco más! Cuando sale del baño estoy algo más espabilada, y cuando me zarandea suavemente por el hombro abro los ojos y sonrío estirando los brazos hacia él.

—Ni hablar, gatita —dice apartándose— que si te sigo el juego no salimos de la cama.

—No es tan mala idea...

Hugo me besa fugazmente en los labios y se aparta de mí.

—Vístete, voy a preparar el desayuno mientras.

Me estiro en la cama ahora que estoy sola y me doy una ducha rápida antes de vestirme. Recuerdo que me dijo que llevase biquini, así que me lo pongo con un vestido deportivo color pistacho la mar de fresquito y unas sandalias de goma por lo que pueda pasar. Cuando bajo a la cocina mi tormento diario me tiende una taza de café y pone delante de mí dos tostadas de tomate y jamón serrano, mis favoritas.

—¿Quieres zumo? —pregunta enseñándome la jarra.

—No, gracias, creo que esto es más que suficiente.

—Tienes que coger fuerzas, hoy vamos a hacer ejercicio.

Su movimiento de cejas me hace reír, y tras el desayuno me monto en el coche en dirección a lo desconocido. Reconozco que mi virtud no es exactamente la paciencia, y si sigo sin saber a dónde me lleva me voy a terminar mordiendo las uñas de impaciencia.

—¿Vas a decirme dónde vamos? —pregunto por enésima vez.

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Además, te di una pista si mal no

recuerdo.

—No, perdona... yo adiviné que era en la playa.

—Porque te dije que te pusieras biquini.

—¿No me vas a dar más pistas?

—Ni hablar. ¿Dónde estaría la gracia?

Perfecto, el niño es una tumba y yo voy a tener que escuchar los gritos de Ester por haberme cargado la manicura que tan pacientemente me hizo la otra noche. Media hora después estamos en una plaza del pueblo de Barbate, delante de una empresa de submarinismo. La excitación en la cara de Hugo es evidente, parece un niño pequeño que se ha quedado toda la noche despierto para descubrir a Santa Claus, pero cuando me coge de la muñeca para llevarme dentro de la tienda me paro en seco y cruzo los brazos a la espera de una explicación.

—¿Qué es esto? —pregunto con una ceja arqueada.

—Mi sorpresa. Vamos a hacer submarinismo.

¿Qué? ¡Ni hablar! Desde que vi una película en la que dos chicas quedaban atrapadas en una jaula en el fondo del mar rodeadas de tiburones y apenas sin aire para respirar me da un miedo espantoso sumergirme bajo el agua.

—¡Pero yo nunca lo he hecho! —exclamo dando un paso atrás.

—Lo supuse, por eso voy a bautizarte.

—¿Cómo bautizarme?

—He reservado un bautizo para los dos en dos inmersiones. Primero nos enseñarán los conceptos básicos y nos sumergiremos en una piscina, y después de comer saldremos al mar a bucear de verdad.

—No sé, Hugo... me encanta el mar pero esto me da miedo.

—No va a pasar nada, los monitores son muy competentes y estarás a salvo. Además, no es mi primera vez así que si te ahogas podré rescatarte.

—¿Como el otro día en la piscina?

—Más o menos. ¿Te animas o buscamos otra cosa para hacer?

—No, no... me gustaría aprender a bucear.

—¿Segura? Podemos buscar algo que te dé menos miedo...

Me quedo pensativa un momento. La verdad es que el chico lo ha hecho con toda su mejor intención y se le ve muy ilusionado con la idea. Además, en Cádiz no hay tiburones... ¿O sí? Tras pensarlo un momento, me decido a hacerlo.

—No, tranquilo —suspiro al fin—, vamos a hacerlo.

En vez de la euforia que esperaba, veo que Hugo se pone de repente muy serio y termina golpeándose la entrepierna con la mochila.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto con la boca abierta.

—Tú tienes la culpa —protesta—. Todo lo que dices me recuerda al sexo y

esta no se quiere quedar tranquilita.

—Pobre... Anda, vamos a entrar antes de que termines por partírtela.

—A ver si te crees que soy gilipollas...

Le miro con escepticismo. Si es capaz de darse tremendo golpe solo porque mis palabras le recuerdan al sexo no sé qué hará cuando le provoque de verdad... Al fin consiento en entrar en la dichosa tienda, donde nos recibe una muchacha muy mona de unos veintipocos años a la que se le cae la baba en cuanto ve aparecer a Hugo. Me divierte verla acariciarse el pelo coqueta mientras le explica con todo lujo de detalles el paquete que ha contratado... parece que le van los maduritos, porque Hugo debe rondar los treinta y cinco.

—La tienes loca —susurro dándole un codazo.

—Tú estás loca —contesta con un bufido—, ella solo intenta ser amable con sus clientes.

—Ahora se le llama amabilidad... ¡Si hasta te pone ojitos!

—¿Quieres centrarte en la clase? No quiero que termines ahogándote esta tarde.

—Estoy centrada en la clase, pero ella no deja de distraerme con todos esos ademanes para llamar tu atención.

—¿Estás celosa? —pregunta Hugo con una sonrisa.

—Ahora tú eres el loco. Me divierte, eso es todo.

—Pues puede que te cambie por ella...

—Pues puede que esta noche te la machaques con dos piedras...

—Vamos, solo estaba bromeando, tonta.

—Si me da igual, hay más tíos en la playa.

—Pero yo paso de liarme con ella, no es mi tipo.

He de reconocer que me siento bastante poderosa al ver que el chico guapo se queda conmigo. Sí, poderosa sería la palabra exacta, hasta el punto que he sacado pecho y todo. Y cuando Hugo pasa la mano por mi cintura para pegarme a él y besarme en el cuello ya me siento la reina del Nilo, porque hay que ver la carita que se le ha quedado a la pobre muchacha al darse cuenta de que el macizo no está interesado en ella.

Nos pasamos toda la mañana metidos en una piscina ensayando las inmersiones, los aleteos y todas esas cosas que hay que saber para bucear, y quedamos con Virginia, la monitora, a las cuatro para empezar la inmersión en el mar. He de reconocer que ahora que manejo más o menos el tema no estoy tan asustada, y al final voy a terminar agradeciendo la aventura en la que me ha metido mi macizo.

Hugo me lleva a comer a un chiringuito a orillas de la playa, en la que nos sirven una paella espectacular. No deberíamos haber comido tanto, pero estaba

tan buena que sería un crimen dejarla en la paellera, y nos tumbamos un rato en la playa bajo una sombrilla a hacer la digestión. A las tres y media ya estamos sentados en la plaza esperando al grupo con el que vamos a sumergirnos, que llegan poco a poco tan llenos como nosotros. Una lancha nos aleja de la playa y nos lanzamos al agua como nos han enseñado, de espaldas al mar.

En cuanto mi cabeza está debajo del agua todo se vuelve maravilloso. Cientos de peces de colores nadan alrededor de las rocas y los corales atrayendo mi atención. Cuando Hugo me hace señas para darme una cámara acuática me dan ganas de comérmelo a besos porque esta es una experiencia para inmortalizar, y me paso la mayor parte del tiempo haciendo fotos a los peces... y alguna que otra le hago a él. Sé que nuestra aventura tiene fecha de caducidad y me gustaría tener un pequeño recuerdo que me caliente en las frías noches de invierno cuando vuelva a la vida real.

Cuando volvemos a tierra firme me siento algo vacía, pero estoy eufórica por la aventura que acabo de vivir. ¡Ha sido impresionante! En cuanto pueda volveré a hacer submarinismo, porque tengo entendido que en Motril también hacen inmersiones de este tipo y esa playa sí que me pilla cerca de casa.

—¡Ha sido impresionante! —grito al salir de la tienda— Verlo todo tan de cerca... ¡Quiero repetir!

—Ahora tenemos que irnos a otra parte —dice Hugo tras una carcajada.

—¿Hay más?

—Pues sí, hay más. Os vais pasado mañana y hay algo que quiero enseñarte.

—Si es como esto, puedes enseñarme lo que te dé la gana.

Volvemos al puerto, donde Hugo habla con un tipo que nos proporciona una lancha no muy grande. Antes de dejarme montar se acerca con un chaleco salvavidas y me lo coloca con firmeza. No sé si es por su cercanía o por la seriedad de su cara en este momento, pero un hormigueo sube por mi espalda y me dan ganas de coger su cabeza entre mis manos y besarle, aunque no lo hago.

—Lista —susurra—. Vamos, sube a la lancha.

—¿A dónde me llevas ahora?

—¿No has aprendido nada en lo que va de día? —protesta chasqueando la lengua— No pienso decirte nada.

—No perdía nada por intentarlo.

Llegamos antes de lo que esperaba. Estamos en una playa bastante desierta, de no más de cinco kilómetros de larga, de arenas blancas y aguas cristalinas. Hugo para la lancha cerca de la orilla y me ayuda a llegar a la arena sin mojarme el vestido, y vuelve para coger una mochila bastante grande de donde saca una especie de pareo enorme que extiende sobre el suelo.

Me quedo de pie mirando alrededor. Es una playa preciosa, donde los árboles se mezclan con la arena y en la que no hay chiringuitos ni baños ni nada por el estilo.

—Esta playa es preciosa —susurro.

—Normalmente no hay gente, pero parece que hoy se le ha ocurrido mi idea a algunos más.

—No creo que la playa sea tuya —río con ganas.

—No, pero debería.

Le veo sacar de la mochila una botella de vino y dos copas. Así que su idea era seducirme... me siento a su lado con las piernas cruzadas y sostengo las copas para que no se caiga el vino.

—Vamos a brindar —susurra.

—¿Por qué?

—Por las vacaciones —contesta chocando las copas—. Por los desastres que terminan saliendo bien.

—Por las nuevas amistades —añado yo.

Es una delicia estar aquí tumbados bebiendo vino y hablando de nuestras cosas, aunque la verdad es que ninguno cuenta nada importante de su vida. De repente Hugo me quita la copa de las manos y me hace tumbarme sobre la manta antes de tumbarse a mi lado.

—Ahora estamos completamente solos —susurro.

—¿Seguro?

Levanto la cabeza para cerciorarme de que dice la verdad, pero no veo a nadie por los alrededores, así que vuelvo a tumbarme mucho más tranquila.

—Los demás tienen que volver por el camino que es bastante largo —explica—, así que sí, estoy seguro.

Hugo me besa lentamente, arrancándome un suspiro. Reconozco que llevo toda la tarde deseando que lo haga y la espera se me ha hecho eterna. Enredo los brazos en su cuello para enterrar los dedos en su pelo, y su mano viaja por mi estómago hasta encontrarse con mi pecho. Su caricia me produce un escalofrío y elevo las caderas para que su miembro roce mi sexo caliente. Le deseo tanto que siento que ardo, y cuando deja mi pecho libre para poder pellizcarme el pezón siento un latigazo de placer golpear mi vientre.

Su boca no se aparta de la mía, me besa con tanta parsimonia y sensualidad que va a terminar por desarmarme, pero se aleja dejándome desamparada hasta que sus dientes rozan mi pezón. Es bueno... maravillosamente bueno en la cama y lo sabe. Sus dedos atormentan mi pecho libre mientras su boca se da un festín con mi otro pezón. Le aprieto firmemente en su lugar para que no detenga su dulce tortura, y cuando su mano se adentra por la parte de abajo del bikini para

acariciarme siento que voy a estallar de puro placer. Hugo se deshace entonces de las braguitas y se coloca entre mis piernas. La primera pasada de su lengua por mi sexo me hace saltar.

—¡Joder, Hugo! —gimo apretando su cabeza contra mis pliegues.

¿De verdad he sido yo quien ha gritado? Siento su risa reverberar en mi carne y me deshago por completo ante su lengua, que me recorre una y otra vez dejándome sin aliento. Sus caricias son tan precisas que el orgasmo está a punto de llegar, pero no quiero hacerlo sin que él esté dentro de mí.

—Fóllame, Hugo —susurro desesperada.

—Te aseguro que es lo que pienso hacer.

Hugo se pone de pie para quitarse el pantalón, y suspiro al ver su enorme miembro botar apuntando a su estómago. Es suave, duro, y no puedo evitar ponerme de rodillas para introducirme en la boca. Su sabor agrisado inunda mis papilas, pero abro las manos sobre su culo redondo y apretado para poder lamerlo bien. Siento sus músculos tensarse, y echa la cabeza hacia atrás mordiéndose el labio cuando me lo trago por completo.

—¡Joder, nena —susurra—, qué bien lo haces!

Si pudiera sonreiría, pero tengo la boca llena ahora mismo. Succiono su carne una y otra vez mientras juego con la lengua en su glande, y la siento corcovar en mi paladar hasta que Hugo me aparta y me coloca a cuatro patas sobre la manta. Le miro por encima del hombro con una sonrisa traviesa y muevo el culo a los dados mientras le observo colocarse el preservativo, pero toda la diversión queda olvidada cuando le siento entrar en mí centímetro a centímetro. Su carne me llena y su boca se acerca a mi cuello para darme pequeños mordiscos que me vuelven completamente loca. Sus embestidas empiezan a aumentar de ritmo y termino dando con la frente sobre la arena cada vez que me empala hasta el fondo.

Tengo que morderme el brazo para no terminar gritando como una posesa, porque estoy sintiendo tanto placer que soy incapaz de controlarme. Siento cómo su polla me expande, me llena, y me siento vacía cuando se retira para volver a llenarme. El orgasmo se acerca lentamente, de forma arrolladora, y cuando me recorre termino cayendo sobre la manta con la vista nublada y los pulmones sin aire. Poco después Hugo se deja caer a mi lado con un gemido, y permanecemos unos minutos así, sin movernos, intentando recuperar el aliento.

—Tenemos que irnos —susurra Hugo dándome un beso en la espalda—. Está empezando a anochecer.

Asiento y me visto a toda prisa para volver a la lancha. Casi me quedo dormida en el coche de vuelta, porque estoy realmente molida y solo quiero dormir. Al llegar a la casa encontramos a Lidia y Dani viendo una película, y me

dejo caer junto a mi amiga con un suspiro antes de quitarle el refresco que tiene en la mano.

—Hola, chicos —dice Hugo dejando caer la mochila en el suelo— ¿Y los demás?

Su amigo señala a la planta de arriba y Lidia le quita la voz a la tele. Me concentro en escuchar, pero no me entero de nada.

—Sois unos depravados —protesta Hugo subiendo de nuevo el volumen.

—Tengo que ducharme —digo con un suspiro.

—Vamos, te acompaño —se ofrece Hugo con un guiño.

—¡Eso, escándalo doble! —bromea Dani.

—Gilipollas, yo tengo más clase —protesta él.

—¿De qué habláis? —pregunto sin entender nada.

Dani vuelve a señalar el techo y me concentro en escuchar hasta que escucho los gemidos.

—¡Y decía que no le gustaba! —exclamo riendo.

—Pues no lo parece —bromea Dani.

Me doy una ducha rápida y me visto mientras Hugo hace lo mismo. Tras prepararnos unos sándwiches, porque después de la paella de mediodía no tenemos mucha hambre, nos sentamos con nuestros amigos a cenar. Diez minutos después aparecen Ester y Pedro, y miro a mi amiga con picardía.

—¿Qué veis? —pregunta Pedro.

—¡Calla coño que no me entero! —protesta Lidia.

—¿Es de acción? —pregunta de nuevo.

—Es la de los vengadores —contesta Dani sin apartar la vista de la tele— y como no te calles te corto los huevos.

La parejita feliz se sienta en el sillón y cuando termina la película, que reconozco que ha estado bastante bien, nos subimos a la habitación. Estoy destrozada, lo único que quiero es dormir, pero Hugo echa el cerrojo con intención de repetir lo de la playa. Le ignoro deliberadamente y me tumbo en la cama con intención de dormir.

—¿Qué haces? —pregunta con una ceja arqueada.

—¿Dormir?

—De eso nada... tenemos algo pendiente.

—¿El qué?

—Esta mañana te has reído de mí porque me pones cachondo, así que ahora vas a pagar las consecuencias.

—¡Vamos, ha sido culpa tuya! —ríe saltando de la cama— ¿A quién se le ocurre darse ese golpe para que se le baje la erección?

—Con esas cosas no se juega, muñeca... y me las vas a pagar.

Correteo por la habitación sin parar de reír, y Hugo me persigue aunque ambos sabemos que podría haberme atrapado al momento. Me está entrando calor, así que me quito la camiseta en mi carrera por salvarme de él, pero me hace un placaje y termino espachurrada contra el suelo. Pongo cara de dolor y le aparto del pecho con dramatismo para intentar volver a escaparme.

—¡Mierda, Hugo! —gimo— Aparta, que me he quedado sin aire.

Él se quita al momento, y casi me da pena su cara de preocupación, pero consigo escurrirme y salgo a correr hacia el cuarto de baño. Echo el cerrojo, pero Hugo lo abre como si nada y me aprisiona contra el lavabo. Mi respiración está acelerada, en parte por la carrera, pero también por el deseo que ha despertado en mí este estúpido juego de persecución. Hugo está tan cachondo como yo, sus ojos se han oscurecido y no deja de pasarse la lengua por el labio inferior, que me muerdo por morder.

—¿Ahora qué? —pregunta.

—Ahora nada.

De un tirón se carga mi sujetador nuevo, pero me olvido de protestar cuando su boca se pega a mi pecho para jugar con mi pezón. El sinvergüenza ha averiguado que el derecho es más sensible que el izquierdo y me está volviendo loca. Me agarro con fuerza al borde del lavabo y cierro los ojos para disfrutar de su caricia. No puedo esperar, así que me quito los pantalones cortos y las braguitas y apoyo el culo en el borde del lavabo para poder enredar las piernas en su cintura. Hugo no se hace de rogar y saca su verga de los pantalones para empotrarme fuerte. Gimo al sentirle y clavo las uñas en su espalda mientras me embiste una y otra vez. Me estoy clavando el borde de mármol en el trasero, pero poco importa ya ahora que estoy empezando a sentir el orgasmo subir por mi espalda. Mis piernas se tensan a su alrededor y mi sexo se convulsiona cuando estallo, y Hugo sale de mí para acariciarse un par de veces antes de eyacular.

Tras ponerse de nuevo el pantalón, me coge en brazos y me lleva hasta la cama. Enciende el aire acondicionado y se deja caer a mi lado, pasando su brazo por mi cintura.

—Si tus venganzas son siempre así, puedes vengarte cuando quieras —bostezo.

Él se ríe, pero no dice nada... o al menos yo no le he escuchado, porque me he quedado profundamente dormida en cuanto mi cabeza ha tocado la almohada.

Capítulo 6

Mañana nos vamos por fin a casa, y aunque han sido unas vacaciones inolvidables reconozco que estoy deseando dormir en mi cama. La verdad es que voy a echar de menos a Hugo. No es que me haya enamorado de él, eso sería una locura, pero me gusta estar con él. Es guapo, divertido y bueno en la cama. Si las circunstancias fueran otras tal vez me plantearía tener una relación con él, pero la verdad es que ni siquiera sé de dónde es o cuántos años tiene.

Cuando me levanto por la mañana no hay ni rastro de él por ninguna parte, así que después de desayunar me pongo el biquini y cojo el libro que me traje para las vacaciones y que aún no llevo ni por la mitad. Es de mi autora favorita, una novela de la época victoriana que tiene bastante buena pinta.

Veo a Hugo llegar cargado de bolsas de compra, y tras colocarlas se deja caer en el sofá a ver la tele. Sigo con la lectura un rato más, pero Hugo me distrae al salir y tumbarse en una hamaca al otro lado de la piscina.

—¿Interesante? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Cómo dices?

—Que si es interesante el libro que estás leyendo.

—¡Ah! Pues la verdad es que mucho.

—¿De qué trata?

—De amor en la época victoriana.

—O sea, que no hay sexo.

—Sí que lo hay.

Se acerca a mí y se sienta a mi espalda dejando pasar sus piernas a ambos lados de mi cuerpo. Si quisiera escaparme mi única vía de escape sería el agua, inviable si quiero salvar la novela de una muerte segura.

—¿Qué haces? —pregunto mirándole de reojo.

—Leer contigo, ¿qué si no?

—¿Es que te gusta la novela romántica?

—¿Y por qué no me iba a gustar? ¿Porque soy un tío?

—No, pero no te veo yo con una novela de este tipo en las manos.

—Estás siendo sexista.

—No, estoy siendo realista. Reconoce que en tu vida has leído una novela

romántica.

—Bueno, no, pero este es un buen momento para empezar a hacerlo, ¿no?

—Muy bien.

Vuelvo a concentrarme en mi libro, pero Hugo no deja de moverse y de protestar en silencio intentando pillar la historia.

—¿Por qué no vamos dentro y me lees un trozo mejor? —dice al fin— El sol me está matando.

La verdad es que tengo calor, así que me levanto y me dejo caer en el sofá del salón, que por suerte tiene aire acondicionado. Hugo se sienta en el suelo y apoya la cabeza junto a mi hombro con los ojos cerrados.

—Ivette Blessington iba a casarse —empiezo a leer—. Ni siquiera había sido presentada en sociedad, acababa de salir de la escuela de señoritas...

—Espera, ¿has empezado desde el principio?

—Pues claro, ¿cómo vas a enterarte de la historia si no?

—¿Por qué no te centras en una de esas escenas sexuales que dices que hay?

—Eres un salido —contesto riendo.

—Tal vez, pero no me dirás que no tiene su morbo...

—Muy bien...

La escena de la crema es la mejor de todas, así que paso lentamente las páginas hasta que logro encontrarla. Quieres escena caliente... pues vas a arder.

—Cogió una fruta madura —susurro con voz ronroneante—, y untándola en la crema, la acercó a la boca de Ivette. El jugo de la fresa resbaló por su barbilla, y él no tuvo ningún reparo en recogerlo con su lengua caliente.

—La verdad es que está bastante bien... —dice con interés.

—Stefan untó otra fresa con la crema y la deslizó por su pezón, ya erecto, para después limpiarlo con su boca. Lamió, chupó, mordió la cresta rosada durante lo que a ella le parecieron horas.

Hugo me arranca el libro de las manos, señala la página con un trozo de servilleta de papel y se va a la cocina. A los pocos minutos vuelve con un bote de nata montada y una sonrisa nada buena. Salto detrás del sofá para protegerme de él.

—¡No! —grito moviéndome para que no me alcance.

—¿Por qué no? Será divertido.

—Porque me pringas.

—Pero si voy a limpiarte enterita... con la lengua.

—Hugo... ni se te ocurra.

—La culpa es tuya por darme ideas. Si te hubieras limitado a leer un polvo normalito ahora no estaría fantaseando con comerte el coño untado de nata.

Consigo llegar hasta la puerta y corro hacia el dormitorio. La verdad es que a mí la situación también me ha excitado, sobre todo al imaginar la escena representada por nosotros dos. Cuando Hugo llega al cuarto me encuentra desnuda sobre la cama, y se detiene en seco conteniendo el aliento ante la sorpresa.

—Y no querías jugar... —susurra acercándose muy lentamente.

—Después seré yo quien te llene a ti de crema.

—Sabes que me dejo, preciosa.

Le veo agitar el bote y llenarse la boca de nata. Me río al verle, pero me arrepiento de inmediato cuando se acerca para ahogarme a mí también. Yo no tengo la boca tan grande como la suya, y la nata termina escapando por todas partes de mi boca, pero Hugo sonrío y saca la lengua para limpiarme, dejándome pringosa.

—Eres un guarro —protesto.

—¿Y ahora te das cuenta?

Forma un montoncito de nata sobre mi nariz y vuelve a chuparme, pero esa caricia me arranca un suspiro. Siento su pierna cubrir la mía y el frío de la crema sobre mis pezones contrasta con el calor de su lengua al retirarla. Su lengua juguetea con ellos, los provoca consiguiendo ponerlos duros, y sus dientes me arrancan un gemido cuando los aprietan despacio.

—Mmm... deliciosos —susurra.

Vierte una línea de nata desde el valle de mis pechos hasta el estómago, y deja un montoncito en el ombligo. ¡Dios, el ombligo no! Me da repelús tocármelo, mucho más que él meta su lengua en él.

—El ombligo no —advierto.

—¿Por qué?

—Porque me da angustia que me lo toquen.

Antes se lo digo, antes va el capullo y lo hace. Intento retorcerme para apartarle, pero me sujeta de la cintura con fuerza y continúa hurgando hasta que no deja ni una gota de nata dentro.

—Eres imbécil —protesto intentando zafarme de su agarre.

—Vamos, era broma.

—Pues una broma muy pesada.

—Luego podrás vengarte, te lo prometo.

Voy a contestar, pero el frío de la nata sobre mi sexo me deja sin respiración. Le observo colocarse entre mis piernas, relamerse como si fuera un tigre a punto de comerse a su presa, y jadeo.

—Mmm... mejor que las fresas con nata del libro —susurra—. ¿Qué hacía el tío ese ahora? —Muerde mi muslo con suavidad—. ¿Tal vez esto?

—Se centraba más arriba —gimo intentando recordar el puñetero argumento de la novela, cosa imposible debido al roce de su pelo en mi piel.

Hugo besa mi estómago por debajo del ombligo, justo en la unión con mi sexo, e inspiro con fuerza esperando una caricia más exacta que no llega.

—¿Aquí, tal vez? —pregunta haciéndose el tonto.

—No, un poco más abajo.

Pasa la lengua por mi sexo una sola vez, quitando la nata, pero levanta la cara para mirarme.

—¿Así? —pregunta una vez más.

—¡Quieres comerme el coño de una vez!

Siento su carcajada vibrar en mi carne, y en cuanto su lengua me roza un grito escapa de mis labios. ¡Menos mal que nuestros amigos han ido a Barbate a hacer submarinismo! Sus caricias son lentas, pero cada vez que la punta de su lengua roza mi clítoris tengo que morderme el labio para no volver a gritar. Enredo las piernas en su espalda y le aprieto con fuerza contra mí, porque si para de hacer lo que está haciendo tan condenadamente bien lo mato.

Introduce un dedo en mi canal y lo curva hasta llegar a la pequeña protuberancia que me hace retorcerme sin control. Su dedo y su lengua me están volviendo loca, mis músculos sufren espasmos y mis paredes se contraen cuando el orgasmo me recorre por fin. No me deja recuperar el aliento, en cuanto quedo laxa sobre la cama Hugo se coloca encima y se hunde en mí por completo.

—¿Esto es lo que quieres, gatita? —ronronea moviendo las caderas en círculos.

—¡Joder, sí!

—¿Quieres que te folle? ¿Que te dé fuerte y duro?

—¡Sí, sí!

—Eres una pequeña traviesa, Miriam... y voy a darte lo que pides, te lo aseguro.

—¡Fóllame, Hugo!

Sale de mí para colocarse el preservativo y aprovecho para ponerme a cuatro patas. Me encanta esta postura y sé que a él también, y cuando me mira sus ojos se oscurecen y veo el pulso latir en su cuello.

—Sabes que me vuelve loco esa postura, ¿verdad? —susurra.

—Y tú sabes que me encanta que me folles así, ¿no es cierto?

Siento sus manos en mi cintura justo antes de que su miembro entre lentamente en mí. Tengo que enterrar la cabeza entre los brazos para no terminar gritando de nuevo. Siento su miembro llenarme, volverme loca, y siento mis flujos correr por mis piernas de lo excitada que estoy. Hugo sale entonces de mí y me coloca de lado para penetrarme de nuevo. Esta postura es más íntima, más

especial, y no puedo evitar suspirar cuando me rodea con sus brazos para acariciarme. El orgasmo me recorre, pero esta vez es lento, intenso, y siento a Hugo estremecerse antes de salir de mí. Permanecemos un momento tumbados en la cama sin hablar, intentando que nuestra respiración y los latidos de nuestros corazones se calmen... y caigo en la cuenta de que tengo que vengarme por lo que ha hecho antes.

Me coloco a horcajadas sobre su cintura con una sonrisa traviesa, y él reacciona suspirando.

—Tengo que descansar, gatita, no soy Superman —dice.

—¿Y quién dice que lo que tengo en mente es follarte?

¿Se cree que yo sí soy Superwoman o qué? empiezo a hacerle cosquillas, pero mis esfuerzos caen en saco roto, porque el capullo no se inmuta. Me mira con una ceja arqueada y cara de superioridad, así que resoplo dejándome caer en la cama.

—Aguafiestas —protesto cruzándome de brazos.

—¿Aguafiestas? ¿Qué culpa tengo yo de no tener cosquillas?

—Podrías haber disimulado un poco.

—¿Esa era tu terrible venganza por lo del ombligo? Vaya venganza más chapucera.

—Si tuvieses cosquillas sería la caña.

—Admite que era una idea pésima.

—Ya lo sé.

—¿Tienes hambre? —pregunta levantándose de repente— Vamos a preparar algo de comer.

—¡Pero si te has comido el bote entero de nata!

—Aún tengo hambre.

—Eres un comilón.

—Lo reconozco. Vamos, tal vez encuentre otra cosa comestible para poner en mi nuevo plato de almorzar.

Sonrío sin poder evitarlo, y me encierro en la ducha para poder quitarme la pringue de la nata. Espero que no se le ocurra otra idea macabra... o voy a tener que correr hasta la playa para librarme de él.

Capítulo 7

Me despierto con la caricia del dedo de Hugo sobre mi nariz. ¡Por favor, otra vez no! Me doy la vuelta sin hacerle caso y sigo durmiendo un ratito más.

—Vamos, dormilona, despierta —susurra.

Le oigo salir de la cama y abre la persiana de par en par. ¡Será capullo! Me tapo la cabeza con la almohada y protesto.

—Tienes que hacer el equipaje —advierte.

—Más tarde.

Es cierto... hoy nos volvemos a casa. Hugo se acerca a la cama y acaricia mi espalda haciéndome olvidar que es la última vez que estamos juntos. Estoy completamente desnuda y lo sabe, así que baja su mano hasta acariciar mi trasero.

—O te levantas o te follo —amenaza.

Me pongo bocarriba con una sonrisa, y abro las piernas para dejarle hacer a su antojo. Hugo se sienta a mi lado y besa mi hombro y mi cuello, así que aparto la cabeza para dejarle mejor acceso.

—Así que quieres que juguemos... —susurra.

—Eres una mala influencia. Te paseas por ahí en bolas y me provocas.

—Yo te provoco... ¿Y tú, que te has abierto de piernas en cuanto has tenido oportunidad? Mira mi polla cómo está por tu culpa.

Abro un ojo y levanto un poco la cabeza para ver que está duro como una piedra, pero quiero provocarle un poco, así que aparento indiferencia.

—No es para tanto —contesto—, la he visto en mejor forma que eso.

—Con que esas tenemos...

Intenta abalanzarse sobre mí, pero pongo las manos sobre su pecho mirándole con inocencia.

—Ahora en serio, Hugo, estoy muerta. Necesito dormir un poco más o voy a quedarme dormida al volante.

—Tengo una idea, colócate bocabajo.

Así que está creativo esta mañana... obedezco sin rechistar y le veo correr al cuarto de baño para volver con el bote de aceite.

—Voy a darte un masaje —susurra—, verás que bien duermes después.

Definitivamente nunca deja de sorprenderme. Se sienta sobre mi culo y abre sus manos cubiertas de aceite sobre mi espalda. ¡Dios, tiene manos de ángel! Gimo cuando empieza a amasar mi piel lentamente, primero por los hombros, y poco a poco baja hasta la base de mi cintura. Mis ojos se cierran solos ante lo relajada que me encuentro.

—Madre mía, eres bueno... —susurro.

—Eso dicen.

Baja las manos hasta mi culo y vuelve a subir por mi espalda hasta mi nuca. No puedo evitar gemir, ahora me estoy excitando y solo puedo pensar en su miembro entrando en mí cubierto de aceite. No puedo esperar más, el masaje se me está haciendo eterno y lo único que quiero es sentirle, así que me vuelvo sorprendiéndole y pego mi boca a la suya para enterrar mi lengua en ella.

—Se suponía que ibas a relajarte —susurra apartándose.

—Cállate y fóllame.

—Mmm... está mandona la tía... Me gusta.

Tiro de él para hacerlo caer sobre mí y siembro su pecho de húmedos y cálidos besos. El aceite hace que nuestros cuerpos resbalen, y antes de darme cuenta nos veo cayendo al suelo. Hugo se da un golpe en la espalda que lo deja sin aliento.

—¿Te has hecho daño? —pregunto riendo.

—Me he roto la espalda, nada más —bromea acariciando mis costillas con las manos.

—Si solo es eso... podemos seguir.

Abro la mesita de noche y saco un preservativo que lanzo sobre su pecho. Después me pongo de pie y apoyo las manos en la pared mirándole con una sonrisa. Hugo se levanta y me mira con una ceja arqueada.

—¿En serio? —protesta.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta así?

—No es que no me guste, es que estamos bastante descompensados en altura para hacerla. Ayer terminé con dolor en las rodillas.

—Muy bien...

Le empujo hasta que cae sentado sobre la cama y le pongo el preservativo a toda prisa antes de colocarme de espaldas a él y sujetar su miembro con firmeza para introducirlo hasta el fondo.

—¡Ay, joder! —gime apretando la mandíbula— Eres mala...

—¿Por qué? —pregunto haciendo círculos con la cintura— ¿Es que no te gusta esta tampoco?

—Sabes que con esta duro dos asaltos, nena... va a ser rapidito.

Sonrío sin poder evitar sentirme poderosa, y comienzo a moverme arriba y

abajo sobre su pene, que está duro para mí. Hugo me aprieta un pecho con una mano mientras con la otra comienza a hacer círculos sobre mi clítoris. Mis movimientos se vuelven desesperados, y coloco mi mano sobre la que él tiene entre mis piernas para mostrarle un ritmo más rápido. Hugo me muerde en el hombro lanzándome al orgasmo, y tras unas cuantas embestidas más le siento convulsionarse debajo de mí recorrido por el suyo.

Pasamos el resto de la mañana durmiendo, y después de comer me ayuda a preparar las maletas. Con tantas compras no tengo espacio para meterlo todo, y tengo que sentarme sobre la maleta para que Hugo la pueda cerrar, no sin antes reírse de mí por ser una compradora compulsiva, según él. Cuando llega la hora de marcharnos, Hugo me observa muy serio mientras sus amigos ayudan a las mías a meter el equipaje en el coche. No puedo evitar sentirme triste al marcharme, es un hombre estupendo y tal vez una relación entre nosotros funcionase si nuestra situación fuese diferente.

Debe darse cuenta de mi tristeza, porque tira de mi cintura hasta pegarme contra su cuerpo musculoso.

—Gracias por unas vacaciones inolvidables —susurro sin levantar la vista de su camiseta.

—Créeme, ha sido mutuo.

Hugo levanta mi barbilla y me besa por última vez. Esta vez no hay nada de sexual en ese beso, pero igualmente se graba a fuego en mi memoria. No creo que pueda olvidarle, ha sido una aventura muy corta, pero tan intensa que perdurará en mi mente mientras viva.

—Ha sido un auténtico placer conocerte, Hugo —susurro apartándome de él.

—Eso suena a despedida definitiva.

—Es lo que es.

—No tiene por qué ser así.

Me quedo mirándole un segundo, sin entender qué demonios quiere decir con eso.

—Hagamos un trato —continúa—. Quedemos el año que viene en vernos en el mismo sitio.

—Yo no puedo costearme esta casa de nuevo, ¿sabes?

—Nadie ha dicho que tengamos que quedarnos aquí. Nos encontraremos en Barbate, en la plaza del faro, dentro de un año exacto a las seis.

—¿Y si nuestra situación ha cambiado? ¿Y si tengo pareja?

—En ese caso olvídate de nuestra cita, lo entenderé.

—¿Y qué pasará si vengo?

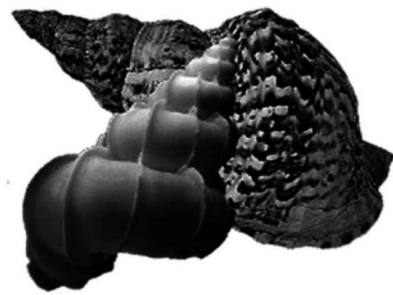
—Intentaremos mejorar este verano, ¿qué te parece?

—Me parece imposible mejorarlo, pero si sigo sola, allí estaré.

Hugo me besa fugazmente en los labios y me abre la puerta del coche. Nos alejamos por la carretera de tierra que lleva a la casa y no soy capaz de quitar la mirada del espejo retrovisor. Le veo ahí, de pie sin apartar la vista del coche, hasta que una curva me hace perderle de vista. Suspiro sin poder evitarlo. Si el año que viene sigo sola volveré, y si él también viene... quizás podamos hacer que una aventura de verano se convierta en algo más.

Hugo

Adrian Blake



Introducción

Llevo más de media hora esperando a que lleguen mis amigos. Vamos a llegar tarde y solo va a ser culpa suya, como siempre que viene Pedro. ¿Cómo puede ser un tío tan lento a la hora de vestirse? ¡Que solo vamos a la playa, joder!

Cuando suena el timbre de la puerta cojo la bolsa de viaje y las llaves de mi coche y bajo las escaleras a toda prisa.

—Ya era hora, capullos —contesto abriendo el maletero de mi Audi—. Tenemos que llegar antes de las seis de la tarde o perderemos la puta reserva.

—He tenido una urgencia de última hora, tío —protesta Pedro—, deja de dar el coñazo.

—¿Una urgencia? ¿Te ha dado un apretón o qué? —bromeo.

—Mi hermana necesitaba que la llevase al médico, capullo.

—¿Está bien? —pregunto preocupado.

—Solo es un resfriado pero no podía dejarla en la estacada.

—Por esa te libras. ¿Y tú qué, te ha comido la lengua la rubia de anoche? —pregunto a Dani.

—¿Qué rubia, cabrón? Me comporté y me fui a dormir solo. Ya la pillaré por banda cuando volvamos de Cádiz.

—Venga, pongámonos en marcha que el camino es largo de cojones.

Llamo al tío de la casa para avisarle de que hemos tenido una urgencia y llegaremos más tarde, pero no me coge el teléfono, así que pongo rumbo a la playa de los alemanes, donde hemos alquilado un chalet con piscina y acceso directo a la playa. Nos ha costado una pasta, pero en esa zona suelen veranear un montón de alemanas guapas que poder llevarnos a la cama.

Cuando llegamos a Málaga nuestra semana de vacaciones se desmantela ante nuestros ojos: atasco de más de dos horas para llegar al centro de la ciudad, así que busco una ruta alternativa por la que llegar a nuestro destino.

—Dani, mira en el móvil por dónde podemos salir para llegar a Zahara.

—A ver... tienes que coger la tercera salida desde donde nos encontramos.

—¿Seguro? —pregunta Pedro, que se fía de Dani tan poco como yo.

—Que sí, coño... tres paradas desde aquí.

Tardamos media hora en llegar a la dichosa salida, y Dani nos empieza a guiar. Estamos yendo por carreteras secundarias de la época de Franco, sin apenas arcén y en las que cogen de milagro dos coches a la vez. Llevamos más de dos horas en la carretera cuando Dani se pone a maldecir.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada, tú sigue hacia delante.

—¿Qué pasa, Dani? —vuelvo a preguntar.

—Creo que nos hemos perdido.

—¿Qué? —pregunta Pedro dándole una colleja— ¿Pero tú estás tonto?

—¡No he sido yo! Ha sido el putito *Google maps* de los cojones.

—Vale, calma —suspiro aparcando en el arcén—. Tenemos que encontrarnos para poder seguir el camino. Pedro, mira con tu teléfono dónde estamos.

—¡Estamos en Zahara de la sierra, capullo! —contesta dándole una colleja a Dani—. Vamos a Zahara de los atunes.

—¡Me habéis dicho Zahara! Pues eso he puesto.

—Vale... —susurra Pedro consultando su teléfono— En la siguiente intersección gira a la derecha y coge la autovía. Vamos a tardar dos horas y media más.

Cuando llegamos al chalet son casi las tres de la mañana, porque entre los atascos y que hemos pinchado una puta rueda se nos ha echado la noche encima. Encuentro la llave de la vivienda donde el dueño me ha dicho por un Whatsapp, bajo el macetero verde de la escalera de entrada. La luz se enciende cuando abro la puerta, será alguna de esas casas inteligentes que funcionan con robótica. Me sorprende ver la puerta del frigorífico abierta, y cuando la empujo para cerrarla me encuentro frente a una preciosa morena cubierta solo por un minúsculo camisón rosa... que me apunta con un cuchillo.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta amenazándome con el arma.

Trago saliva e intento moverme lo más despacio posible, porque si la asusto más de lo que ya está terminará por apuñalarme, y suelto mi bolsa en el suelo antes de levantar las manos en el aire.

—Vamos, tranquila... —susurro— Suelta eso, no voy a hacerte daño.

—¿Crees que soy estúpida? ¡O te marchas ahora mismo o llamo a la policía!

Dani y Pedro entran en ese momento riéndose, y se paran en seco cuando ven la situación en la que me encuentro.

—¿Y esta quién es? —pregunta Dani.

—Si te calmas, puedo explicártelo todo —le digo a la chica intentando que no les preste atención a ellos.

—Sabes que somos tres, ¿verdad? —comenta Pedro cruzándose de brazos, divertido— Podríamos reducirte en un momento.

—¡Joder, Pedro! ¿Quieres callarte? —grito— Lo único que hace falta es que la asustes más de lo que ya está.

Vuelvo a mirarla atentamente, pero no puedo evitar que mis ojos viajen por sus largas piernas y esas tetas que amenazan con escapar del escote de la camiseta de tirantes. Si el maldito cuchillo no formase parte de la escena ahora mismo estaría intentando seducirla para llevármela a la cama.

—Somos los huéspedes —digo olvidándome por un momento de mi polla—. Sentimos llegar tan tarde, pero hemos sufrido un pinchazo.

—¿Cómo que los huéspedes? Esta casa la reservé yo para mí y mis amigas, y con meses de antelación, por cierto.

Me quedo mudo del asombro ante su respuesta. ¿Cómo que ellas son las huéspedes?

—Esto es una broma pesada, ¿verdad? —pregunta Dani.

—Eso quisiera saber yo —contesta la mujer.

Me vuelvo de lado para que ella pueda ver el papel que sobresale del bolsillo trasero de mis vaqueros, pero no aparto la vista de ella... ni del cuchillo.

—En el bolsillo derecho está el resguardo de la reserva —aclaro—. Te aseguro que hemos pagado una buena suma de dinero por esta casa.

La muchacha se acerca sin soltar su arma y mete la mano en el pantalón para sacar el papel. Cierro los ojos ante el roce de sus dedos, que me encantaría tener alrededor de mi polla en este mismo momento. Tras leerlo, suelta el cuchillo en la encimera, dejándome por fin respirar, y me devuelve el resguardo.

—Debe haber un error —contesta por fin—. Llamaré a la agencia y...

—Es muy tarde y estamos muy cansados —la interrumpo—. ¿Por qué no nos vamos a dormir y arreglamos todo esto por la mañana?

Tras un segundo de duda, la muchacha asiente.

—Soy Hugo, por cierto —me presento con una sonrisa—. Estos son Pedro y Marcos.

Ella nos estrecha la mano y se da la vuelta para marcharse, pero Dani la detiene.

—¿Podrías decirnos dónde podemos dormir? —pregunta— Supongo que vosotras habréis ocupado las habitaciones, así que...

—Hay un dormitorio libre con dos camas y el sofá del salón es bastante confortable —contesta ella—. En el frigorífico hay comida por si tenéis hambre, pero mañana la tendréis que reponer.

Se vuelve para marcharse nuevamente, pero la sostengo de la muñeca antes de que lo consiga.

—No me has dicho tu nombre —comento con una sonrisa.

—Miriam... me llamo Miriam.

—Puedes dormir tranquila, Miriam... no tienes nada que temer de nosotros.

—Eso dicen todos, y después...

La veo subir las escaleras a toda prisa y escucho el cerrojo de su puerta cerrarse. Está buena, y ese aire desafiante que ha mostrado cuando hemos llegado me ha puesto bastante cachondo.

—Es mía —digo sin apartar mi mirada de las escaleras.

—¿Ya está? —pregunta Pedro— ¿Es tuya porque tú lo dices?

—Es mía porque yo la he visto primero. Tenemos que hacer todo lo posible para quedarnos con ellas en esta casa, porque no pienso irme de aquí sin llevármela a la cama.

—Pues como eres un cabrón y te has pedido a la que sabemos que está buena, te va a tocar dormir en el sofá —dice Dani con una sonrisa.

—Prefiero dormir en el sofá a aguantar tus ronquidos, así que gracias.

Me deshago de la ropa y me tiro desnudo a la piscina que se ve por los ventanales del salón. El agua no está demasiado fría, y tras hacerme unos largos me pongo un pantalón corto y me tumbo en el sofá. Miriam tiene razón, el sillón es bastante grande y muy cómodo, y cierro los ojos con la determinación de conocer a mi guerrera del cuchillo en la mano mejor... mucho mejor.

Capítulo 1

Una banshee histérica me despierta con sus gritos a la mañana siguiente. Aún no he terminado de abrir los ojos cuando siento algo impactar contra mi espalda. ¿Qué cojones? Me vuelvo justo a tiempo de ver a una mujer blandir una bandeja para volver a golpearme, e interpongo mi brazo para que no consiga hacerme más daño del que ya me ha hecho.

—¿Pero qué coño haces, loca? —grito intentando levantarme— ¡Déjame en paz!

—¡Maldito hijo de puta! ¿Por dónde coño te has colado?

Vuelvo a lanzarme contra ella para quitarle la bandeja, pero es más rápida de lo que pensaba y termino de bruces en el suelo.

—¡Quieta, Ester!

Suspiro al escuchar a Miriam, que baja las escaleras a toda prisa y le agarra las manos a su amiga.

—¿Quieta de qué? —protesta la loca— ¡Se ha colado en la casa!

—No... déjame explicarte...

Intento hablar, pero otro grito proveniente de la planta de arriba me lo impide. Miriam pone los ojos en blanco con un suspiro de desesperación, le quita la bandeja a su amiga y la coge de los hombros.

—No le golpees —ordena—, estate quieta, que ahora mismo vuelvo y te lo explico todo.

Me dedica una mirada de disculpa y corre escaleras arriba. Yo, por si las moscas, sigo a salvo detrás del sofá.

—Como te muevas te lanzo lo primero que pille a la cabeza —me amenaza.

—Créeme, loca, no pienso hacerlo hasta que no baje tu amiga.

—No sé quién te piensas que eres, pero vas a salir de esta casa por patas en menos que canta un gallo.

—Si es eso lo que quieres pensar...

—No sé de dónde has salido, pero desde luego no te vas a quedar.

Poco después aparece Miriam tirando del brazo de otra chica a la que sienta junto a la banshee.

—Quietas las dos, voy a intentar curar a ese pobre hombre.

Miriam vuelve a subir a la planta de arriba y miro a la chica nueva con una ceja arqueada.

—¿Qué le has hecho a mi amigo? —pregunto.

—¿¿Yo?? —protesta— ¡El cabrón se coló en el cuarto de baño mientras me duchaba!

—¡¡Te he dicho mil veces que creí que no había nadie, bestia!!

Veo cómo Pedro entra en la cocina seguido de Miriam. Se sujeta una toalla contra la ceja e intento acercarme para ver qué le ha pasado, pero la banshee se interpone en mi camino.

—Ni se te ocurra moverte —amenaza.

—Sabes que te puedo dejar KO en un minuto, ¿verdad?

—Sé defensa personal, guapo, así que no flipes.

—¡Ester, vale ya! —grita Miriam desde la cocina— Os estáis pasando de castaño oscuro.

—¿Me puedes explicar por qué estás tú tan calmada? —protesta la tal Ester.

—¿Calmada tu amiga? —ríe— Anoche me puso un cuchillo en el cuello.

—No seas exagerado, solo te apunté con él un ratito.

Cuando por fin Miriam ha conseguido que todos estemos sentados en el comedor, se deja caer en una silla con un suspiro.

—Nos han alquilado la casa a ambos —aclara ella al fin—. No sé cómo ha podido pasar, pero supongo que ha sido por estar en dos agencias distintas.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Ester.

—He llamado a la agencia y me han dicho que debo solucionarlo directamente con el dueño de la vivienda, pero no me coge el teléfono —contesta Miriam.

—Voy a intentarlo yo, a ver qué pasa.

Salgo al jardín para tener mejor cobertura, pero por más que marco el número nadie responde al teléfono. Me siento frustrado, no me gusta que se rían de mí, y el cabrón este me ha estafado a base de bien.

—Nada, no contesta —confirmo entrando de nuevo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Dani.

—Ahora recogéis vuestras cosas y os marcháis —dice Miriam muy campante—. Lo siento, chicos, tal vez más tarde logréis contactar con el casero.

—Espera, ¿qué? —pregunto alucinando en colores— Nosotros no vamos a irnos a ninguna parte, preciosa. Hemos pagado una buena suma de dinero por este chalet y no voy a perder mi dinero.

—¡Nosotras llegamos primero! —se defiende acercándose un paso.

—¡Y tal vez lo reservé primero yo!

¿Pero qué coño se cree esta tía?

—¡Nosotras tenemos la llave! —contesta ella.

Sin darnos cuenta nos hemos acercado hasta que nuestras narices casi se tocan. Está enfadada, muy enfadada, puedo ver sus preciosos ojos llamear, y tengo que apretar los dientes para no echármela al hombro y llevarla a la primera habitación que encuentre para follármela. Tras un momento de duda, Miriam se aparta y se cruza de brazos.

—Vas a seguir durmiendo en el sofá —contesta al fin.

—Duermo muy bien aquí.

—No vamos a ser vuestras criadas. Limpiaréis lo que ensuciéis y os haréis vuestra propia comida.

—Y yo que creía que serías mi esclava... —contesto con un chasquido. No puedo evitar bromear ante la situación, me encanta provocarla.

—Sigue soñando, chaval... sigue soñando

Se vuelve moviendo la coleta con fuerza para intentar darme en la cara, pero me aparto a tiempo y la observo subir las escaleras. Su culo se contonea debajo del pantaloncito del pijama y casi tengo que limpiarme las babas. Sus amigas la siguen al momento, y me quedo por fin solo con mis amigos.

—Esto no me gusta —protesta Dani—. Nuestras vacaciones eran para follar, no para compartir casa con tres esquizofrénicas.

—No nos queda otra, chicos —añado—. Me parece que nos han timado.

—¿Has hablado con la agencia de viajes? —pregunta Pedro.

—Aún no, voy a llamarles en cuanto me tome un café bien cargado. Despertarme a golpes no es mi fuerte.

Como no tenemos aún nada en la casa y paso de jugármela cogiendo su café, nos vamos a un barecillo cercano a desayunar. Como suponía, llamar a la agencia no sirve de nada. No se hacen responsables de lo que ha pasado, eso sí, se han deshecho en disculpas y me han consolado regalándome cuatro noches de hotel en la ubicación que elija.

—Nada, chicos, no se responsabilizan de lo que ha pasado —digo a mis amigos.

—¡Pues estamos bien! —protesta Pedro.

—Tenemos dos opciones, o volvemos a casa y nos quedamos sin vacaciones o nos jodemos y compartimos la casa con ellas.

—Esto es una mierda, ¿sabes? —dice Dani.

—¿Crees que no lo sé? Pero hasta que no podamos contactar con el dueño de la puta casa no podemos hacer nada.

—Siempre cabe la posibilidad de follárnoslas a ellas —sugiere Pedro.

—Yo a esas no las toco ni con un palo —protesta Dani poniendo cara de asco.

—Pues qué queréis que os diga... a Miriam le echaba yo un buen polvo — contesto.

—Por mí puedes quedártelas a todas —dice Pedro.

—Venga, levantad el culo. Vamos a comprar algo de comida y nos vamos un rato a la playa.

Una hora después estamos sentados en las toallas a pocos metros de nuestras compañeras de casa, que están tomando el sol junto a la orilla.

—¡La hostia! —dice Pedro relamiéndose— Vaya tetazas tiene la de rosa.

Miro a Ester, que está de pie frente a sus amigas.

—No está mal —contesto.

—¿Que no está mal? —pregunta Dani— Está para echarle un buen polvo.

—No seas listo que me la he pedido yo —protesta Pedro.

—A mí me vale cualquiera, así que... —dice Dani.

—Pues yo lo corroboro, me quedo con Miriam.

—Esa tiene un culo que lo flipas —añade Dani.

—Un culo que no vas a oler ni de lejos, porque con la mala leche que gasta seguro que antes te parte los dientes —bromeo.

—Es a ti a quien no soporta, Hugo —dice Dani.

—Esa no aguanta a nadie a quien le cuelgue un rabo entre las piernas.

Pedro me mira con una sonrisa y lanza el balón en su dirección, con tan mala suerte que le da en toda la cara a Miriam.

—¿Tú eres gilipollas? —protesto dándole un empujón.

—La madre que me parió —contesta con los ojos como platos—. No quería darle, en serio, solo quería que la pelota cayese junto a ellas.

—Pues ahora vas tú a por la pelota, capullo —dice Dani—, que te vas a llevar una buena hostia.

Niego con la cabeza y me levanto para recuperar el balón.

—Lo siento, ¿estás bien? —pregunto al llegar a su lado.

La mirada que me lanza sería capaz de hacer caer fulminado al mismísimo Lucifer.

—¿Es que no hay más playa? —protesta.

—Estamos ahí detrás echando una partida de vóleibol, pero Pedro es bastante malo lanzando y... ¿Te has hecho mucho daño?

—¿Tú qué crees? Me habéis dado en toda la cara.

—Ya te he dicho que lo siento —contesto bastante molesto— ¿Vuestra amiga siempre está de tan mal humor? —pregunto a las demás.

—Solo cuando los planes no salen como ella esperaba —contesta Lidia—. Se le pasará en unas horas, ten paciencia.

—¿Qué te parece si para disculparnos preparamos nosotros la comida? —

sugiero.

—No, gracias —contesta.

—En realidad quiere decir que le encantaría —añade Ester.

—A las dos y media, ¿os parece bien?

—Muy bien —contesta Lidia.

—Pues ahora nos vemos.

Vuelvo con mis amigos y le lanzo un balonazo a Pedro.

—Gilipollas, ahora me soporta mucho menos —protesto.

—¿Y que más te da?

—Tenemos que convivir con ellas una semana y no quiero estar peleando todo el día.

—Al menos no te han partido la cara —dice Dani.

—Me he ofrecido a prepararles la comida y han aceptado, así que tirad para dentro que me tenéis que ayudar.

—¡Anda ya! —protesta Pedro— Mete unas pizzas en el horno y ya está.

—Todo esto es culpa tuya, así que ya puedes estar tirando para la casa — advierte Dani dándole un empujón.

En cuanto llegamos a la casa les pongo a cortar las verduras para la salsa. He pensado hacer unos raviolis con salsa napolitana, no soy un gran chef pero al menos me defiendo decentemente en la cocina. A las dos aparecen las chicas por la puerta y cuando Ester y Lidia bajan mis amigos las acompañan al salón. Unos minutos después aparece Miriam con un vestido blanco que deja ver al trasluz sus braguitas, y se sienta en un banco de la isla con los brazos cruzados.

—Hola —pregunta—. ¿Qué cocinas?

—¿Ya te caigo bien?

—No es que no me caigas bien, es que todo esto me da rabia.

—¿Crees que a mí no? Nos han estafado, Miriam, a los dos. Pero podemos estar todas las vacaciones enfadados o podemos intentar divertirnos un poco a pesar de las circunstancias.

—Llevamos todo el año planeando estas vacaciones. Vimos la casa hace tiempo y hemos estado ahorrando para poder tener las vacaciones perfectas, y ahora...

—¿Y por qué piensas que no pueden ser perfectas?

—Porque tenemos que compartir la casa con vosotros.

—Pero no tenéis por qué compartir vuestro tiempo.

—Mira a mis amigas —contesta señalando al salón—. ¿Crees que tengo alguna posibilidad de conseguir que estas vuelvan a ser unas vacaciones de chicas?

—Se están divirtiendo —contesto encogiéndome de hombros—. ¿Sabes

cómo se hace eso?

—Yo también sé coquetear, si te refieres a eso.

—Menos mal, porque creí que me había tocado la amiga borde.

—Créeme, es la que te ha tocado.

Intenta marcharse pero la sostengo de la muñeca para retenerla.

—¡Vamos, solo era una broma! —me disculpo— No me dejes solo, no tengo ganas de sujetar velas durante toda la comida.

Ella sonrío y vuelve a sentarse. Bien, una pequeña victoria al fin... Le ofrezco una copa de vino, que rehúsa.

—No bebo alcohol —aclara—. Mejor un refresco.

Asiento y saco una Coca-Cola del frigo, la sirvo en una copa con una floritura exagerada que la hace reír de nuevo y se la paso.

—En la lata habría bastado —dice antes de dar el primer sorbo.

—Las latas tienen gérmenes.

—¿Eres médico?

—No, albañil, pero mi hermano es enfermero y siempre me da el coñazo con eso.

—¡Y yo que creía que serías un alto ejecutivo o algo así!

—¿Por qué, por veranear aquí? —río— Como tú misma has comprobado, ahorrando también se puede uno dar un capricho.

—Lo sé de sobra, yo tampoco es que tenga un sueldazo pero aquí estoy.

—¿A qué te dedicas?

—Cuido a personas mayores en una residencia.

—Bonito trabajo.

—No siempre, aunque me encanta pasar tiempo con ellos. Cuentan unas historias maravillosas de su juventud.

—Muy bien, pues esto ya está.

Me acerco al salón y doy un par de palmadas para atraer la atención.

—Miriam y yo hemos cocinado, vosotros ponéis la mesa —ordeno.

—Miriam no ha hecho nada —protesta Dani—. Acaba de llegar.

—Vosotros habéis hecho menos que ella. Vamos, levantad el culo que la comida se enfría.

Vuelvo a la cocina y le lanzo un guiño que consigue sonrojarla. Ahora que se comporta conmigo de manera civilizada debo reconocer que me pone cachondo, y estaría genial terminar la noche en su cama. Cojo con un tenedor un par de raviolis y lo acerco a sus labios.

—Abre la boca.

Ella obedece y prueba la comida. Debe haberle gustado, porque cierra los ojos y gime como si en vez de raviolis le hubiese dado caviar. Definitivamente

voy a intentar acostarme con ella, porque solo de imaginar que esa boca se come mi polla en vez de los putos raviolis me estoy poniendo como una moto.

—¿Sabes, borde? —ronroneo en su oído— Conseguiré que te diviertas. Te lo prometo.

Capítulo 2

Dios... hace tanto calor que es imposible dormir en este sillón. La piel se me pega al cuerpo haciendo que sude más y el sonido es insoportable. La verdad es que me dan ganas de tirarme a la piscina en pelotas y acostarme completamente mojado, pero con las mujeres dando vueltas por ahí no va a ser para nada buena idea.

Hablando de mujeres... escucho unos pasos bajar por las escaleras y levanto un poco el cuerpo para ver a Miriam abriendo el frigorífico. Me levanto con cuidado y me acerco a ella intentando hacer el mínimo ruido.

—¿No puedes dormir? —susurro mirando por encima de su hombro.

—¡Joder, qué susto me has dado! —exclama llevándose la mano al corazón.

Mis ojos no pueden evitar seguir a su mano hasta el escote de su camisón de seda, que apenas cubre la curva de sus pechos. Tiene unas tetas enormes, redondeadas, blanquitas... El chasqueo de sus dedos frente a mi cara me saca de mi fantasía, en la que bajo ese escote y me como esas tetazas a boca llena.

—Los ojos los tengo aquí, guapo —protesta intentando cubrirse.

—Yo no tengo la culpa de que tengas unas tetas preciosas, Miriam —contesto alzando las cejas.

—Preciosas o no, son mías, así que deja de mirarlas.

—Eres una aguafiestas, ¿lo sabías?

Me acerco más a ella, hasta casi arrinconarla entre el frigorífico y su puerta. Su respiración se acelera, puedo ver su pulso latiendo con fuerza en su cuello y sus nudillos se han puesto blancos de la fuerza con la que se agarra a la puerta.

— Podríamos pasarlo realmente bien si no fueras tan cabezota —la provoco.

—¿Cabezota?

—Te empeñas en ponerme como el malo de la película solo porque te sientes atraída por mí.

—Estás muy seguro de ti mismo, Hugo. ¿De dónde te sacas que yo esté interesada en ti?

—Tu cuerpo te delata... —contesto pasando el índice por su cuello— Tu pulso se ha acelerado.

—Eso es porque me has dado un susto de muerte.

—¿Seguro?

Me acerco más a ella, provocándola, tentándola a confesar que está deseando que me la folle.

—Tus pezones se han puesto tiesos, Mir... —susurro— No me dirás que tienes frío...

—Pues un poco sí —miente descaradamente.

—Mentirosa —susurro—, estamos a treinta grados.

Acerco mi boca a ella lentamente, dándole la posibilidad de escaparse, pero no se mueve ni un centímetro y mis labios rozan los suyos por primera vez. Me descubre una descarga de lujuria que hace que mi polla cobre vida, y tras un par de besos más tengo que apartarme para no terminar haciendo algo que más tarde pueda lamentar.

—Es una lástima que no quieras acostarte conmigo, Miriam, porque te aseguro que ambos lo pasaríamos genial.

Me doy la vuelta y vuelvo al sofá, donde me tumbo con los brazos en la cabeza y una enorme sonrisa de satisfacción en los labios. La escucho dar un portazo en la nevera y tras subir las escaleras haciendo más ruido del acostumbrado da un portazo en su habitación. Poco a poco, dulzura... poco a poco.

Me sorprendo al verla bajar unos minutos después con un bikini blanco que deja la mitad de su culo al descubierto, y se contonea de manera exagerada al pasar por mi lado. No puedo evitar soltar una carcajada ante su inútil intento de provocarme, pero si la gatita quiere jugar con fuego, le aseguro que yo se lo voy a dar. Mirian se lanza a la piscina de cabeza como si fuera una nadadora profesional y tras un par de largos se tumba bocarriba con los ojos cerrados. Como ha dejado la puerta abierta puedo acercarme a ella sin que se dé cuenta, y tras deshacerme de los pantalones cortos que llevaba para dormir me lanzo en bomba justo a su lado. Siento su mirada clavada en mi espalda cuando me acerco a la parte opuesta de la piscina para salir, y aunque intenta disimularlo con unos tos, escucho el jadeo que sale de su boca al verme completamente desnudo.

—¿Intentas impresionarme? —dice con una indiferencia que ambos sabemos que es solo fachada.

—¿Por qué lo dices?

Cojo la toalla de uno de los bancos y la sostengo de tal manera que logre tapar mi erección cuando me esté secando la cara. Contengo una sonrisa al verla estirar el cuello como si fuera uno de mis *agapornis* para intentar ver algo.

—Deja de estirar el cuello, Miriam, no la vas a ver —digo en cambio.

Se le han puesto rojas hasta las orejas, pero en vez de admitirlo me saca la

lengua y se sumerge en el agua. Me tiro detrás de ella y antes de que pueda salir a tomar aire la aprisiono por la cintura y pego su cuerpo al mío.

—¿Qué haces? —protesta intentando soltarse— ¡Suéltame, Neandertal!

Ni de coña, preciosa. No dejas de provocarme y ahora no te vas a escapar de mí. Pego mi boca a la suya con fuerza y hundo mi lengua en ella en cuanto la abre para tomar aire. Sabe a zumo de melocotón, dulce, suave, y con un gemido enreda los brazos en mi cuello y sus piernas en mi cintura. Mi polla ha cobrado vida en cuanto la he pegado a mí, y presiona su coñito húmedo a través de la tela del biquini. Solo tengo que desatarlo para hundirme en ella, solo necesito que me lo pida y será mía...

—Dilo —susurro jadeando—. Dime que te folle y solo tendré que apartar la tela del biquini.

—Por muy caliente que esté —contesta apartándose—, no estoy tan loca como para hacerlo sin protección.

La observo salir de la piscina, liarse una toalla y salir corriendo hasta su dormitorio. Tras hundirme en el agua para calmarme me pongo el pantalón a toda prisa y salgo a correr escaleras arriba hacia la habitación de mis colegas.

—Eh, tío —susurro zarandeando a Pedro—. Vamos, macho, despierta.

—¿Qué? ¿Qué se quema? —pregunta sentándose desorientado en la cama.

—Necesito condones.

Mi petición le despierta de golpe.

—¿Condomes? —pregunta dándome un codazo— ¿Vas a follar, machote?

—Eso espero.

—¿Con quién, cabronazo?

—¿Quieres dejarte de gilipolleces y darme las putas gomas de una vez?

Pedro abre el cajón de la mesita de noche y saca una tira de unos seis preservativos.

—Toma, campeón, que te aprovechen —canturrea.

—Con un par tengo de sobra.

—Por si acaso.

Me levanto para irme, pero en la puerta me doy la vuelta porque no tengo ni idea de cuál es su habitación.

—¿Dónde duerme Miriam? —pregunto.

—Muy bien, campeón... al final te la follas.

—Su habitación, Pedro...

—Enfrente, la que está más alejada de las escaleras.

Me dirijo a su dormitorio, que por fortuna aún tiene la luz encendida. Miriam me mira desde la cama con una ceja arqueada cuando entro y dejo caer la tira de condones para que vea que vengo preparado.

—Ahora no tienes excusa —digo acercándome lentamente.

—¿Cómo sabías cuál es mi habitación?

—Pedro se ha duchado esta mañana en tu cuarto de baño.

—¿Y has ido a despertarle solo para eso?

—No, nena, le he despertado para que me diera esto. ¿Y bien? ¿Me voy o me quedo?

En vez de contestarme aparta las sábanas, enseñándome que está desnuda. Mis ojos se desvían hacia su coñito perfectamente depilado, y tengo que pasarme la mano por la mandíbula para evitar babear. Su piel es clara como la leche, pero tengo la leve sospecha de que será dulce y suave... como su boca.

—¿Tanto calor tienes, preciosa? —ronroneo.

—En vistas de que no iba a tener sexo pensaba masturbarme.

—Ya no hace falta que lo hagas, porque te aseguro que pienso dejarte muy satisfecha.

Me subo a la cama y me pongo a cuatro patas sobre su cuerpo para hundir mi lengua una vez más entre sus labios. Su lengua me sale al encuentro, reta a la mía y me hace desearla con más desesperación. Me duelen los huevos por las ganas de correrme, y cuando ella arquea la espalda para que sus pechos entren en contacto con mis pectorales tengo que apartarme para no terminar haciéndolo antes de tiempo. Me pongo de pie de un salto y me deshago de los pantalones. Miriam alarga la mano para cogerme la polla, pero salto hacia atrás para impedirlo.

—Aún no, gatita... —susurro— primero me toca a mí.

Me tumbo a su lado y paso el brazo por debajo de mi cabeza para tenerla pegada a mi cuerpo. Paso la mano que me queda libre por su cuello hasta sus pechos tiernos y pellizco levemente su pezón. Ella gime quedamente con los ojos cerrados y sigo bajando mi caricia por su estómago hasta hundir los dedos en su rajita, que ya está mojada e hinchada para mí. La acaricio lentamente, apenas rozándola, simplemente abriendo sus labios con el dedo, y veo cómo se muerde el labio para contener un grito.

—No te contengas —ronroneo lamiendo el pulso que late en la base de su cuello—, me encanta que una mujer grite en mi cama.

—No quiero despertar a mis amigas.

—Ellas tendrían que estar tan ocupadas como tú.

—¿Venís de vacaciones o a follar?

—Vacaciones sexuales, gatita...

Vuelvo a besarla e imito los movimientos de mi lengua en su boca con mi dedo en su dulce coño. Su clítoris ya está hinchado y cada vez que lo rozo con la yema del dedo Mirian gime en mi boca, y restriego mi polla contra su muslo

para calmar la necesidad de enterrarme en ella de una puta vez. Me aparto de ella lo justo para bajar mi cabeza hasta sus tetas y meterme una de ellas entera en la boca. Alternó lamidas y mordiscos leves sobre su pezón, y Mirian me agarra del pelo con fuerza, casi haciéndome daño, cosa que me arranca una sonrisa. Rodeo su tetaza con la mano para sostener mi dulce flan en su sitio y continúo con mis caricias lo que parecen horas, disfrutando de los gemidos que escapan de su boca. Siento sus piernas convulsionarse debajo de las mías, así que traslado mi caricia a otro lado para impedir que mi gatita se corra.

—Tranquila, preciosa —susurro besando su pecho—. No hay prisa, tenemos toda la noche para nosotros.

—Necesito correrme —solloza agarrando las sábanas con fuerza.

—Lo sé.

Me levanto de un salto y tiro de ella hasta dejarla con el culo al borde de la cama, de forma que sus labios cuelguen fuera del colchón. Me arrodillo entre ellas y acerco mi boca a su sexo sin apartar mi mirada de la suya. En cuanto paso la lengua por sus pliegues Mirian arquea la espalda con un grito sordo y se deja caer sobre la cama, y tras un par de pasadas de la punta de mi lengua sobre su clítoris la siento convulsionarse recorrida por el orgasmo. Intenta apartarme, pero le agarro las manos con una de las mías y sigo lamiéndola, al principio erráticamente, bebiéndome sus jugos, y pronto vuelvo a centrarme en su pequeño botón. Sé que ahora mismo está excesivamente sensible porque salta cada vez que lo rozo, pero tras unas cuantas pasadas más vuelve a correrse con un sollozo.

Se acabaron los juegos. Me pongo el condón y me hundo en ella hasta el fondo, y ahora el que gime soy yo. Su canal es estrecho y siento sus músculos contraerse cada vez que me clavo en ella. Intento moverme despacio pero mi cuerpo necesita correrse, así que pronto mis embestidas hacen que el cabecero golpee con fuerza en la pared. Miriam enreda las piernas en mi cintura y abre sus manos sobre mi espalda cubierta de sudor, y vuelvo a besarla con fuerza, bebiéndome su aliento. La siento convulsionarse a mi alrededor otra vez, y debo tener cara de imbécil por la satisfacción que siento al respecto. Tras unas cuantas embestidas más el orgasmo sube por mi espalda dejándome jadeante y sin fuerzas. No puedo moverme, sé que peso y que debería apartarme, pero no soy capaz de mover un solo dedo.

—Necesito una ducha —jadea intentando apartarme.

Me muevo con una sonrisa y me dejo rodar hasta caer bocarriba en la cama.

—Ahora te sigo —susurro.

Cierro los ojos un segundo, pero cuando los abro Miriam no está por ninguna parte. La busco en el cuarto de baño, y al no encontrarla bajo las

escaleras para descubrir que está completamente dormida en el sillón. Me acerco a ella con paso decidido y paso mis brazos por sus rodillas para cargármela al hombro, despertándola.

—¿Se puede saber qué haces? —protesta golpeándome la espalda—
¡Suéltame, Hugo!

La ignoro hasta que la vuelvo a tener tumbada en la cama, de donde no debería haberla dejado salir.

—¿Por qué te has ido? —pregunto con los brazos cruzados.

—Porque pillabas toda la cama.

—¿Y por qué no me despertaste?

—Lo intenté, pero caíste en coma y no hubo manera.

Río ante la escena que me está describiendo. Es cierto que cuando me duermo profundamente no hay quien me despierte, pero no creí que me hubiese dado tiempo a hacerlo.

—¿En serio me he dormido? —pregunto.

—Sí, en serio, imbécil. He tenido que dormir en ese sillón por tu culpa.

—El sillón es muy cómodo, no seas dramática.

—No dramatizo, pero tendrás que compensarme por ello.

—Créeme, gatita —contesto acercándose a la cama—, eso precisamente es lo que tengo pensado hacer.

Capítulo 3

Había olvidado lo que se siente al dormir con una mujer al lado. Aunque desde que lo mío con Bea terminó hace dos años me he follado a más mujeres de las que puedo recordar, con ninguna de ellas he terminado durmiendo como hice anoche. Reconozco que estaba cansado y el sueño me venció, pero cuando me desperté de madrugada no me apeteció moverme. Eso sí, esta mañana me he marchado en cuando he abierto los ojos para evitar situaciones incómodas que me puedan joder las vacaciones.

Tras darme una ducha bajo al salón, donde me encuentro a Dani tumbado en el sofá lanzando el balón por el aire. Cuando me ve aparecer se incorpora de golpe con una sonrisa cómplice en los labios y me lanza el balón.

—¿Dónde has dormido, cabrón? —pregunta.

—En una cama.

No puedo evitar sonreír al recordar la intensa sesión de sexo que tuve anoche, pero omito ese pequeño detalle y me dispongo a preparar el café, que parece que al resto se le caen las manos si lo hacen.

—¡Qué cabrón! —grita de pronto Dani— ¡Te la has follado!

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? A la única mujer que duerme sola en esta casa, ¿quién si no?

—No sé de qué me hablas.

—O me lo cuentas o le pregunto a ella cuando baje.

—No te atrevas...

—¿Qué te juegas a que lo hago?

—Te corto los huevos si lo intentas.

—Eso es un sí, mamón... un enorme sí.

Me sirvo una taza de café y me tumbo en el sofá a ver la tele, pero el cabrón de Dani se planta delante de la pantalla impidiéndome ver.

—¿Te quieres quitar del medio? —protesto.

—No hemos venido aquí a ver la tele.

—Ya, hemos venido a follar, pero como yo ya lo he hecho...

—¡Sabía que mi campeón no me fallaría! —exclama haciendo el gilipollas

— ¡Eres todo un machote!

—¿Quieres dejarlo ya?

Por suerte, en ese momento Pedro entra a la habitación y se deja caer en el otro sofá con un bostezo.

—No he dormido nada —comenta—. Esa mierda de almohada es demasiado estrecha y parece que no tienes nada.

—Cuando quieras te la cambio por el sofá... —bromeo.

Mi amigo responde con un corte de manga y me lanzo sobre él para golpearle.

—Hugo ha follado —suelta Dani de repente.

Dani sale de debajo escurriéndose como una lombriz y se queda mirándome con cara de susto.

—Lo sé —contesta Pedro—. El cabrón me despertó para pedirme condones.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste? —protesta Dani— Sois unos mamones, tíos.

Niego con la cabeza y me levanto para hacerme un bocadillo, porque estoy famélico después del esfuerzo de anoche. Veo aparecer a Miriam unos minutos después en la cocina ataviada solo con un bikini blanco que me hace babear y los labios hinchados. El deseo me recorre de nuevo la columna pero en vez de hacer lo que el instinto me dicta, que es acercarme a ella y subirla de nuevo a la habitación, le guiño y me vuelvo al sofá con mis amigos.

—Ahí está tu chica, campeón —bromea Pedro.

—¡Cállate, cabrón, que te va a oír! —susurro— Y no es mi chica.

—Vale, tu pareja sexual entonces.

—No aparta la mirada de ti —susurra Dani—, la tienes loca.

—Es que el que sabe follar, sabe follar —me jacto.

—¡Ya salió el macho alfa! —protesta Pedro levantándose— Ya me has echado.

Veo cómo Miriam sale a la terraza con sus amigas y se sientan en una de las mesas de madera con las cabezas muy juntas. Sonríó al pensar que lo más seguro es que estén comentando la jugada de anoche, y el orgullo de haberla llevado varias veces al orgasmo consigue que hasta me guste que lo haga. Cierro los ojos y debo haberme quedado dormido, porque cuando vuelvo a abrirlos las chicas no están por ninguna parte y el olor a carne frita me llega desde la cocina. Levanto la cabeza y suspiro aliviado al ver que es Dani y no Pedro quien cocina.

—¿Qué hora es? —pregunto acercándome.

—Casi las dos. Te has quedado sobado en el sofá.

—No dormí demasiado esta noche.

—Créeme, por algo así yo también quiero trasnochar.

—¿Y Pedro?

—Ha ido de caza por la playa. Dice que no quiere liarse con las chicas, así que está buscando alguna presa fácil que llevarse a la cama.

—Pues yo me voy a dar un baño en la piscina antes de comer.

Me tiro en la piscina de cabeza y me hago unos cuantos largos antes de salirme. Voy a cambiarme de bañador y cuando vuelvo Pedro ya ha vuelto y está poniendo la mesa para comer.

—La próxima vez nos vamos a un hotel —protesta—. Me gusta que me sirvan y no tener que estar haciendo de comer.

—¡Si tú no cocinas, capullo! —contesta Dani.

—Pero pongo la mesa, limpio y recojo los platos como los demás.

—Tanto como los demás... —contesto yo.

Las chicas aparecen sobre las cuatro. Ester sube a la habitación a dormir la siesta y Lidia sale a la terraza, donde está Dani roncando a pierna suelta. Miriam prefiere tumbarse en el sofá a leer un poco, así que sirvo dos vasos de la limonada que ha hecho Dani esta mañana y me acerco a ella para entregarle uno de ellos.

—¿Dónde habéis estado todo el día? No os hemos visto el pelo —pregunto.

—Hemos ido a ver las ruinas romanas de Tarifa.

Ni siquiera ha apartado la mirada del libro para contestarme. ¿Qué le pasa ahora?

—Me habría gustado verlas —continúo diciendo.

—Pues cierran a las seis.

—Ya iremos nosotros otro día.

Me asomo por encima de su hombro con la intención de mirar qué libro está leyendo, pero también quiero provocarla un poco.

—¿Qué haces? —susurro.

—Estoy leyendo.

—Hasta ahí llego, Miriam. ¿Crees que podemos mantener una conversación sin que me contestes de manera tan escueta?

—No estoy siendo escueta, Hugo, pero intento seguir leyendo.

—¿Acaso el libro es más interesante que yo?

—Pues no sé qué decirte —protesta—. Él no se marcha sin despedirse por la mañana.

—Así que es eso... estás molesta.

—No estoy molesta, ¿de dónde sacas eso?

—¿Tal vez de tu comportamiento? No quise despertarte porque no te he dejado dormir demasiado, solo eso.

—Pues la próxima vez me despiertas. Me he quedado...

Cierra la boca como si hubiese estado a punto de descubrirme un secreto inconfesable.

—¿Te has quedado qué? —pregunto con curiosidad.

—Me he quedado con cara de tonta, eso es todo.

—No creo que fuera eso lo que ibas a decir.

Le quito el libro de las manos con la intención de acaparar de una vez por todas su atención.

—¿Por qué no te vas a nadar fuera y me dejas un poco en paz? —protesta alejándose de mí.

¿En serio no se ha dado cuenta de lo que su amiga y Dani están haciendo a escasos metros de nosotros? ¡Si hasta me están poniendo cachondo! Señalo las cristaleras con la cabeza y río cuando se queda con cara de susto al verles. Intenta levantarse, roja como un tomate, pero la retengo por la muñeca y tiro de ella hasta que termina sentada sobre mis piernas. Mi polla reacciona al momento y tengo que reprimir un gemido.

—¿A dónde vas tan deprisa? —ronroneo hundiendo la nariz en su cuello.

—No me apetece ver cómo se lo montan.

—¿Nunca has mirado a una pareja mientras follaban? Es de lo más excitante.

—Es bochornoso. Jamás sería capaz de hacer algo así.

—Claro que serás capaz, gatita —susurro abriendo las piernas para que quede sentada entre ellas—. Mira.

Procuro mantener mis manos quietas mientras ella se acostumbra a ver a su amiga follando con Dani. Para mí no es nada nuevo, no es la primera vez que mis amigos y yo follamos en la misma habitación, aunque tengo que reconocer que es la primera vez que lo hacemos sin dos copas de más. Ver a Dani comerle las tetas a Lidia me pone cachondo y tengo que moverme un poco para acomodar mi erección. Siento la respiración de Miriam cada vez más jadeante y sonrío ante mi pequeña gran victoria.

—¿No te gusta lo que ves? —ronroneo en su oído— Pero si es muy excitante...

—Esto no está bien —protesta intentando zafarse de nuevo—. No está bien que espíe a mi amiga.

—Si no quería ser vista solo tenía que irse a su dormitorio, Miriam.

—Tal vez no sabía que estábamos aquí.

—No seas tan mojigata... vamos, suéltate el pelo y disfruta de la experiencia.

Rodeo su cintura con los brazos y cuelo una de mis manos bajo el elástico

de su pantalón, buscando meterla en sus bragas y acariciar su sexo hinchado. Con la otra mano acaricio su cuello despacio, bajando lentamente por su brazo antes de rozar su pecho con la palma. Los dedos de mi mano derecha han encontrado acceso hasta sus labios, algo hinchados por la sesión de sexo de anoche, y bastante sensibles a mis caricias. Miriam apoya la cabeza sobre mi hombro y aprovecho para saborear su cuello, lamerlo despacio y arrancarle pequeños gemidos.

Cuando Miriam salta en el sitio e intenta zafarse de mí recuerdo que tenemos público. Levanto la vista y veo a Dani comiéndole el coño a su chica, e intento mantener a la mía en el sitio para seguir con el juego.

—Tranquila, gatita... —susurro— A Dani lo le importa que mires, sino al contrario.

—¿Lo teníais planeado?

—No, pero ya que ha surgido así... ¿Quieres saber lo que se siente al ser observada, nena? ¿Quieres que Dani te mire mientras te follo?

Casi puedo ver la batalla interna que lucha en este momento, pero inclino la balanza a mi favor deshaciéndome de su ropa y abriendo sus piernas para acariciar levemente su coñito caliente. Ella no puede apartar los ojos de la parejita del jardín, que está muy ocupada en el sexo oral, y subo mis manos por su estómago para apretar sus pechos entre mis dedos. Son grandes, turgentes y casi no me entran en las manos, pero me pone como una moto pensar en chuparlos, en morderlos, en enterrar mi polla entre ellos y dejarme acariciar.

Pellizco sus pechos una y otra vez, me centro en sus pequeños y rosados pezones que están duros como piedras, y ella echa la cabeza hacia atrás y aprieta mis manos contra su carne impidiéndome seguir, cosa me he hace reír. Aparto una de mis manos de debajo de las suyas para volver a los pliegues de su sexo y hundir la yema del dedo en su cuerpo para humedecer su clítoris hinchado, que late en busca de una caricia. Está muy húmeda, y siento sus jugos empapar mis dedos cuando empiezo a acariciarla lentamente. Sus gemidos llenan mis oídos, y mi polla está tan dura que si no me la follo de una vez voy a terminar con dolor de huevos una semana.

Con una mano me bajo el bañador y cojo un preservativo de la mesa que me coloco con auténticos malabarismos. En cuanto estoy listo levanto a Miriam por las caderas y la bajo poco a poco para enterrarme en ella. La sujeto por la cintura con fuerza y guío sus movimientos, arriba y abajo, y casi me corro cuando la veo bajar la mano por su estómago hasta enterrarla entre sus muslos. ¡Joder cómo me pone que una mujer se masturbe! Mi polla corcovea en respuesta y le doy la vuelta para pegarla a mi cuerpo y hundir la lengua en su boca con fuerza. Estoy cachondo, demasiado caliente para controlarme, y mis

embestidas se vuelven rápidas, certeras, fuertes. Entro y salgo de ella sin control, y siento el tendón de mi cuello tensarse cuando el placer llega al límite. Pero no pienso correrme sin ella, así que hundo un dedo entre sus pliegues para acariciar de nuevo su clítoris. Miriam está desatada, sus ojos brillan velados por el deseo y de su boca escapan gritos sin control. Agarro con fuerza un pecho entre mis dedos libres mientras traspaso mis besos a su cuello, y muerdo su piel cremosa al sentir sus músculos estrangular mi polla cuando el orgasmo la recorre. Tras unas cuantas embestidas más me corro yo también y termino tirado en el sofá con ella acurrucada en mi pecho.

Cuando casi he recuperado la respiración veo cómo Miriam mira hacia el exterior, pero la parejita sexy, de la que hace rato que ni me acordaba, ha desaparecido.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando entierra la cabeza en mi cuello con un gemido.

—No sé cómo voy a mirarla a la cara ahora —protesta.

—Piensa que ella estará pensando ahora mismo exactamente lo mismo.

—¿Por qué me has hecho hacerlo?

—Porque es excitante. ¿O no te lo ha parecido?

—Sí, pero...

—Pero nada, gatita. Las cosas son tan complicadas como nosotros queramos hacerlas.

—Para ti es muy fácil decirlo, seguro que tus amigos y tú hacéis esto a menudo.

—No voy a negar que de vez en cuando hacemos juegos... divertidos.

—Yo jamás he hecho nada así con mis amigas, ni siquiera soy capaz de contarles con pelos y señales cómo fue la noche contigo.

—¿Y por qué no?

—¡Porque me muero de vergüenza!

—El sexo es divertido, gatita, no vergonzoso.

—Es muy fácil decirlo para alguien sin tapujos.

—Haz un trato con ellas, lo que pasa en *Afrodisia* se queda en *Afrodisia*. Así podrás desinhibirte y volver a ser tú a vuestro regreso.

—Con Lidia después de lo que ha pasado no será fácil hacerlo, pero Ester es harina de otro costal.

—¿Le gusta el sexo?

—¡Pues claro! ¿A quién no le gusta el sexo?

—Si le gusta el sexo aceptará.

—¿Y por qué ese interés en que haga ese trato con mis amigas?

—Porque a partir de ahora voy a enseñarte lo excitante que puede llegar a

ser el placer.

Me levanto del sofá y tiro de ella para llevarla a caballito hasta la habitación. Tras poner el aire acondicionado a tope, me desnudo y me tumbo junto a ella. Necesito una siesta, tanto esfuerzo físico va a terminar conmigo, pero ella se queda de pie, mirándome con los brazos cruzados.

—¿Vas a venir o no?

—No pensarás adueñarte de mi cama, ¿verdad?

—No, pero te agradecería que me la prestases. Estoy muerto y necesito dormir.

—¿Y por qué no lo haces en el sofá?

—Porque cuando los demás se levanten empezarán a incordiar y no me dejarán dormir.

Aunque a regañadientes, Miriam se mete en la cama y se vuelve hacia la otra pared para dormirse. Intento no pensar en su culo en pompa, así que me vuelvo hacia la ventana y cierro los ojos. Un par de horas después me despierto y veo que ella está con los ojos como platos y la vista fija en el techo.

—¿Aún despierta? —bostezo.

—No puedo dormir.

—Deja de pensar, gatita, las cosas simplemente se hacen.

—No quiero que nuestra amistad se resienta por un capricho pasajero.

Supongo que está hablando de sus amigas, aunque ahora mismo soy incapaz de razonar con ella sobre el asunto.

—Si es de verdad, te aseguro que no se resentirá. Y ahora —susurro colocándome a horcajadas sobre ella— voy a dejarte rendida para que puedas descansar.

Capítulo 4

Estoy cabreado... frustrado y cabreado. Anoche tenía en mente pasarme toda la noche follando con Miriam y en vez de eso he tenido que dormir en el puto sillón. Creo que ayer le apreté las tuercas demasiado al follármela delante de Dani, y ahora no voy a volver a hacerlo en todas las vacaciones. ¡Joder! Me levanto con un suspiro y me voy a darme una vuelta por la playa. Si ella no va a volver a mi cama estoy seguro de que alguna otra ocupará su lugar más que encantada.

La playa está llena de turistas jóvenes y guapas, pero ninguna me llama la atención. Inconscientemente busco a alguna chica morena de ojos oscuros y cuerpo voluptuoso, pero aquí predominan las rubias de pechos pequeños y piel marfileña. Tras un baño vuelvo a la casa y me dejo caer en una de las tumbonas de la piscina.

—Cualquiera diría que te ha pasado por encima un camión —dice Pedro al verme.

—Ojalá fuese eso lo que pasa —protesto.

—¿Ocurre algo grave? —pregunta sentándose a mi lado.

—No, solo he metido la pata con Miriam.

—¿Qué le has hecho?

—Ayer me pasé de la raya y creo que no va a volver a acostarse conmigo.

—No será para tanto.

—Me la follé delante de Dani y Lidia.

—Tío, eres gilipollas.

—Gracias por comentar lo obvio. Anoche me echó de su cama y aún no ha bajado... eso si aún sigue en la casa.

—Ya volverá y podrás disculparte.

—¿Disculparme? Lo único que hice fue llevarla al orgasmo, Pedro. No voy a pedirle disculpas. Si no quiere volver a hacerlo allá ella.

—Di que sí, tío. Hay muchos peces en el mar, y esta playa está plagada de tías buenas.

—Hace un rato di una vuelta para ver la mercancía, pero no hay nada que me entre por el ojo... por ahora.

—Aún nos quedan unos días. Tal vez llegue alguna que sí lo haga.

Pedro me da una palmada en la espalda y se va a la playa a nadar. Tendría que haberle acompañado porque hace un calor espantoso, pero en vez de eso entro a por una cerveza y me siento en el borde de la piscina con los pies en el agua.

—¿Podemos hablar?

La voz de Miriam me sobresalta, no me esperaba que estuviese en la casa, mucho menos que se dignase a hablarme de nuevo.

—Claro... ¿Qué ocurre?

—No pienso repetir lo de ayer —dice—. Mis amigas son lo más importante para mí y no voy a volver a pasar el mal rato que acabo de pasar con Lidia.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Completamente. Si lo que quieres es una compañera de orgía, será mejor que te busques a otra.

Intenta marcharse, así que la sujeto de la muñeca para impedirselo.

—Es que no quiero a otra —contesto al fin—, te quiero a ti.

Sin más, la lanzo al agua para tirarme detrás de ella pero caigo demasiado cerca y vuelve a hundirse. A ver si en vez de follármela la voy a ahogar... La sujeto de la cintura para impulsarla hacia la superficie y la sostengo mientras logra recuperar el aliento.

—¿Estás loco? —protesta intentando apartarse de mí sin éxito— ¡Casi me ahogas!

—Acabo de salvarte, ¿recuerdas?

No puedo evitar reírme, parece un perro mojado con el pelo en la cara, pero cuando intento apartárselo empieza a darme manotazos.

—Eso no sirve si has intentado ahogarme antes —sigue diciendo.

¿Pero de qué coño estamos hablando? Me he perdido en cuanto mis ojos se han posado en su pecho, donde su camisión clarea por el agua y sus pezones se dibujan nítidamente.

—Deja de protestar de una vez y bésame —ordeno tirando de su muñeca hacia mí.

—¿Por qué?

—Porque me da la gana.

—¿Y si a mí no me da la gana hacerlo?

A la mierda, estoy harto de gilipolleces. La sujeto de la cabeza con firmeza y hundo la lengua en su boca. Al principio intenta apartarse, pero pronto la tengo rendida a mis besos. Mucho mejor gatita... mucho mejor. Mi polla se pone dura por completo y corcovea pidiendo que me mueva de una puta vez, pero permanezco inmóvil esperando que me mire.

—Eso está mejor... —susurro al apartarme de ella.

—¿Significa esto que aceptas mis condiciones?

—Significa que no pienso buscar a nadie.

Vuelvo a besarla, y esta vez Miriam enreda las caderas en mi cintura para devolverme el beso. Su sexo se restriega contra mi erección y está volviéndome loco, así que meto la mano dentro de la cinturilla de sus bragas para acariciar sus labios sedosos. En vez de relajarse, Miriam mira alrededor visiblemente aterrada e intenta apartarme de ella.

—Suéltame —gime retorciéndose.

—¿Para qué?

—¡Puede vernos cualquiera!

—Todos están durmiendo —miento, porque sé que Pedro está en la playa.

—¡Eso no lo sabes!

Me quedo quieto un instante barajando mis opciones. Si no hago lo que quiere posiblemente no volveré a acostarme con ella, y la verdad es que no tengo ganas de pasarme las vacaciones buscando a otra tía con la que hacerlo, así que me levanto y le tiendo la mano para subir a toda prisa al dormitorio. Su camisón mojado ha dejado un reguero de agua por toda la casa, pero ya lo limpiaremos después. En cuanto cierro la puerta con el cerrojo me vuelvo hacia ella como un depredador hacia su presa.

—¿Aquí tengo carta blanca? —pregunto.

Ella asiente mordiéndose el labio y me acerco lentamente sin apartar mis ojos de ella.

—¿Vas a besarme de una vez o voy a morirme esperando? —susurra.

—No sé... —digo agarrándola por la cintura— Puede que me lo piense.

Miriam me agarra de la cabeza con ambas manos y hunde la lengua en mi boca con tanta fuerza que nuestros dientes casi chocan en el proceso. Su lengua está juguetona y persigue a la mía traviesa, sexy, provocadora. Subo las manos por su espalda hasta que doy con el broche del sujetador y lo desabrocho con una mano mientras con la otra le saco el camisón por la cabeza, y sus tetas botan tentándome a morderlas.

—Me vuelven loco tus tetas, nena —susurro sopesándolas.

Rodeo una de ellas con una mano y la amaso hasta que el pequeño capullo florece y puedo atraparlo entre mis dedos. Lo pellizco con fuerza, casi haciéndole daño, y mi boca sigue pegada a la suya como si fuésemos incapaces de despegarnos. Mi polla corcovea, empuja la tela de sus bragas intentando adentrarse en ella, y Miriam empieza a restregarse para que mi glándula acaricie su clítoris. La siento entonces en el borde de la cama y me deshago de sus bragas para poder comerle el coño a placer. Mi lengua explora sus pliegues lentamente,

mis dedos se adentran en su canal curvándose hasta encontrar el punto G y tras unas cuantas pasadas se corre con un gemido.

Miriam se deja caer hacia atrás con los brazos en cruz y los ojos cerrados intentando recuperar el aliento, y aprovecho para quitarme el bañador y colocarme a cuatro patas sobre ella. Cuando abre los ojos le dedico una de esas sonrisas que desarma a todas las tías y me agacho para susurrar en su oído.

—Ahora voy a volverte loca, gatita.

Coloco mi polla con la mano y entro en ella lentamente. Ella aprieta su coñito a mi alrededor arrancándome un gemido, y tengo que salir de ella para no terminar corriéndome antes de tiempo.

—No seas mala, nena —susurro—, que no me he puesto el condón.

Miriam rueda hasta dejarme tendido en la cama y se coloca a horcajadas sobre mí con los ojos velados por la lujuria.

—Hoy quiero follarte yo —susurra.

No puedo tener tanta suerte... pero el caso es que la tengo, así que voy a disfrutar de ello tanto como pueda. Dejo caer los brazos en cruz sobre el colchón y sonrío.

—Haz conmigo lo que quieras —susurro.

Miriam se levanta, abre el cajón de la mesilla y coge uno de los preservativos que sobraron anoche (nota mental: comprar más) y se acerca a mí como una gatita traviesa antes de dejarse caer a mi lado. Me relamo al verla colocar el condón sobre mi polla y acercar la boca para desenroscarlo sobre ella.

—¡Joder, nena! —gimo agarrándole de la cabeza para que baje el ritmo—
Vas a matarme.

Cada centímetro es una dulce tortura que va a terminar por volverme loco, y cuando se sienta a horcajadas sobre mí aprieta mi verga con firmeza para guiarme hasta su interior. Miriam echa la cabeza hacia atrás con un gemido y comienza a mover las caderas. Al principio lo hace de forma errática, así que la agarro de la cintura para marcarle el ritmo y pronto me tiene desesperado por correrme. Sus movimientos se han vuelto frenéticos hasta el punto que la cama ha terminado separada de la pared, y su coño está tan mojado que siento su humedad correr por mis muslos.

Estoy cachondo, tan cachondo que apenas puedo pensar, y me meto su pecho en la boca para poder morderlo mientras me folla. Miriam se tensa, me estruja y se convulsiona recorrida por el orgasmo, y ruedo con ella para ponerme encima y poder follármela como deseo hacerlo. Mi polla entra y sale de su cuerpo de manera frenética, mis huevos se estampan contra su culo lanzando descargas de placer por mi espalda y me corro dejándome caer en la cama.

Cuando he recuperado el aliento la beso fugazmente en la boca antes de

correr a la ducha, porque estoy pegajoso por el sudor, y cuando vuelvo al cuarto descubro que Miriam ni siquiera se ha movido un centímetro.

—Deja de pensar, gatita —protesto.

—No estoy pensando en nada.

—¿Seguro?

Asiente poniéndose de costado con la cabeza apoyada en la mano. Siento su mirada clavada en mí mientras me seco, así que lanzo la toalla a un lado y me dejo caer a su lado.

—Mañana voy a llevarte a un sitio —digo de pronto.

—¿A dónde?

—A un lugar donde pueda matarte sin temor a ser descubierto —bromeo.

—Va... en serio... ¿A dónde vamos?

Pensaba llevarla a una playa nudista, pero en vistas de la conversación que acabamos de tener no va a ser una buena idea. Sin embargo, el otro día descubrimos una cala no muy lejos de aquí a la que solo se puede acceder en lancha o moto acuática, será el lugar perfecto para continuar con nuestra aventura.

—Es una sorpresa —contesto al fin—. Solo tienes que ponerte un bikini y listo.

—Así que nos vamos a la playa...

—algo así. Solo te pido una cosa, nena... que te dejes llevar.

—Me estás asustando.

—No tienes que tener miedo... estarás conmigo, te lo prometo.

—Eso no me tranquiliza.

—No vamos a hacer nada que tú no quieras hacer, Miriam.

—¿Me lo prometes?

La beso sin responderle, y ella se levanta y va a la ducha. Estoy destrozado y me vendría bien dormir un rato antes de comer pero no pienso volver a ese puñetero sofá, así que me meto bajo las sábanas antes de que pueda echarme de nuevo. Cuando vuelve a la habitación me mira con una ceja arqueada, pero le guiño y aparto las sábanas con una sonrisa.

—¿Qué crees que haces? —pregunta.

—Dormir un poco antes de comer, que me has dejado destrozado.

—Esa es mi cama.

—¿Sigo castigado?

—Yo no te he castigado, tú decidiste dormir en el sofá. Deberías haber dejado a alguno de tus amigos hacerlo si tan incómodo es.

—Pero ahora todos están despiertos y no me van a dejar dormir...

—Pues acuéstate en alguna de las camas de tus amigos, seguro que a

ninguno de ellos le importa.

Me levanto y la abrazo con cara de consternación. Espero que esto sirva, porque de lo contrario me va a tocar estar jodido oliendo el sudor de alguno de los capullos que tengo por amigos.

—Vamos, cariño, déjame dormir contigo —suplico.

—No seas pelota, que no te pega nada.

Al menos se ríe, cosa que me da esperanzas para poder dormir con ella.

—¿Y si te prometo un polvo cuando nos despertemos? —sugiero.

—En ese caso... Ya estás tardando.

No he vuelto a ver a Miriam en toda la tarde. Después de un despertar apoteósico hemos comido y ella se ha ido con sus amigas, así que me he pasado la tarde jugando al póker con Dani y Pedro. Ya es la hora de cenar, así que Dani mete unas pizzas en el horno mientras seguimos con la partida.

—¿Cómo te va con Lidia, tío? —pregunta Pedro a Dani sin levantar la vista de las cartas.

—Después de lo de ayer no quiere volver a acostarse conmigo —responde mi amigo.

—¿Lo de ayer? ¿Qué coño me perdí yo ayer? —protesta Pedro.

—Miriam tampoco quiere que se repita, pero sí me deja tocarla —digo con una sonrisa.

—¿Pero qué hicisteis? ¿Una orgía?

—No llegamos a tanto —contesto—, nos quedamos en el voyerismo.

—Sois un par de cabrones. Ester es una estirada y ni siquiera me deja intentar algo con ella.

—Eso es porque no sabes tratarla —añade Dani—. Estás acostumbrado a mujeres que necesitan que las salves y ella se basta solita. Tal vez si cambiases de estrategia lograrías algo.

—¿Y qué tienen de malo las mujeres que necesitan a un hombre? Me hacen sentirme útil.

—Pues eres el único —protesto—. A mí esas mujeres me dan asco.

En ese momento se abre la puerta de la casa y entran las chicas riendo cargadas de bolsas. Tras soltarlas en el sillón se acercan a saludarnos y se van a la cocina para prepararse la cena.

—Hemos metido unas pizzas en el horno —dice Dani—. Podemos meter unas cuantas más y compartirlas.

—Gracias, pero no me apetece pizza esta noche —contesta Ester—, yo me voy a preparar una ensalada.

—¿Te ayudo? —pregunta Pedro, consiguiendo que Dani menee la cabeza

frustrado.

—Puedo abrir una bolsa de ensalada yo solita, gracias —contesta Ester.

Veo cómo sus amigas le regañan en susurros, y tras un suspiro de exasperación Ester mira a Pedro con una sonrisa forzada.

—No necesito ayuda —dice al fin—, pero si quieres puedes hacerme compañía.

A mi colega se le ilumina la cara como a un perro cuando le enseñas un trozo de chocolate y sale disparado hacia la cocina. Miriam se acerca y se sienta sobre mis rodillas quitándome las cartas de las manos con curiosidad.

—¿A qué jugabais? —pregunta.

—Póker —contesta Dani—. ¿Sabéis jugar?

—Yo sí, pero paso —dice Lidia—. Hoy echan una película de miedo que quiero ver.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad.

—La maldición de la casa Winchester —contesta Miriam—, película que no pienso ver ni muerta.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque luego no puedo pegar ojo en semanas.

—Gallina —la provoco—. ¿Y si la ves conmigo?

—Tú no vas a estar cuando vuelva a mi casa.

Hablando de su casa... ¿Cuándo coño se vuelve a su ciudad? Ni siquiera le he preguntado algo tan obvio...

—Volvemos el domingo por la tarde —continúa diciendo adivinando mis pensamientos.

Así que solo nos quedan tres días para disfrutar...

—Nosotros nos volvemos el martes —contesta mi amigo.

—Vais a tener la casa para vosotros solos un par de días... —dice Lidia dándole un codazo.

—Sí, hija, al fin vamos a descansar de vosotras.

El comentario le hace ganarse otro golpe, pero mi atención está puesta en Miriam.

—Entonces creo que vamos a pasar de la película —digo sin dejar de mirarla—, vamos a ocupar el tiempo en cosas más... placenteras.

Tiro de ella escaleras arriba con la intención de cumplir mi palabra, porque aún me queda mucha Miriam que saborear y muy poco tiempo para hacerlo.

Capítulo 5

Al día siguiente despierto a Miriam de madrugada. Antes de terminar en la cala desierta quiero enseñarle unas cuantas cosas de la zona, así que tenemos que salir temprano si quiero que nos dé tiempo a todo. Aunque protesta, pronto está con los ojos abiertos y una sonrisa adormilada en los labios que me hace querer besarlos, pero si lo hago terminaré follándomela y no haremos nada de lo que quiero hacer.

Mientras se viste bajo a preparar el desayuno y media hora después nos hemos puesto en marcha.

—¿Vas a decirme dónde vamos? —pregunta con entusiasmo.

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Además, te di una pista si mal no recuerdo.

—No, perdona... yo adiviné que era en la playa.

—Porque te dije que te pusieras biquini.

—¿No me vas a dar más pistas?

—Ni hablar. ¿Dónde estaría la gracia?

Media hora después estamos en la Plaza del Faro, en Barbate, frente a una empresa de deportes acuáticos. Miriam me mira con una ceja arqueada y se planta en la puerta sin entrar.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Mi sorpresa. Vamos a hacer submarinismo.

—¡Pero yo nunca lo he hecho! —contesta asustada.

—Lo supuse, por eso voy a bautizarte.

—¿Cómo bautizarme?

—He reservado un bautizo para los dos en dos inmersiones. Primero nos enseñarán los conceptos básicos y nos sumergiremos en una piscina, y después de comer saldremos al mar a bucear de verdad.

—No sé, Hugo... me encanta el mar pero esto me da miedo.

—No va a pasar nada, los monitores son muy competentes y estarás a salvo. Además, no es mi primera vez así que si te ahogas podré rescatarte.

—¿Como el otro día en la piscina?

—Más o menos. ¿Te animas o buscamos otra cosa para hacer?

—No, no... me gustaría aprender a bucear.

—¿Segura? Podemos buscar algo que te dé menos miedo...

—No, tranquilo, vamos a hacerlo.

Joder... sus palabras me transportan a la noche anterior cuando follamos como animales sin llegar siquiera a la cama. Mi polla empieza a reaccionar pero le quito la idea con un golpe seco de la mochila.

—¿Qué haces? —pregunta Miriam mirándome como si me hubiesen salido cuernos y rabo.

—Tú tienes la culpa —protesto—. Todo lo que dices me recuerda al sexo y esta no se quiere quedar tranquilita.

—Pobre... Anda, vamos a entrar antes de que termines por partírtela.

—A ver si te crees que soy gilipollas...

Ella no contesta, pero su mirada la hace ganarse una venganza más tarde... cuando la tenga para mí sola en la playa. La monitora es muy amable... puede que dé más, y en vez de prestar atención a la clase Miriam no deja de cachondearse de mí.

—La tienes loca —susurra dándome un codazo.

—Tú estás loca, ella solo intenta ser amable con sus clientes.

—Ahora se le llama amabilidad... ¡Si hasta te pone ojitos!

—¿Quieres centrarte en la clase? No quiero que termines ahogándote esta tarde.

—Estoy centrada en la clase, pero ella no deja de distraerme con todos esos ademanes para llamar tu atención.

—¿Estás celosa? —pregunto con una sonrisa.

—Ahora tú eres el loco. Me divierte, eso es todo.

—Pues puede que te cambie por ella...

—Pues puede que esta noche te la machaques con dos piedras...

—Vamos, solo estaba bromeando, tonta.

—Si me da igual, hay más tíos en la playa.

—Pero yo paso de liarme con ella, no es mi tipo.

Y es cierto. La monitora es la típica rubia de ojos azules con cuerpo de muñeca que se cree la más guapa de la playa, y la verdad es que ese tipo de tías me aburre. Tendría que traerme a Pedro el lunes... ya que no liga con Ester tal vez pueda follarse a esta...

Tras pasar toda la mañana practicando en la piscina cómo bucear nos vamos a comer a un chiringuito de la playa. Hemos quedado con el grupo a las cuatro, y creo que para las seis estaremos libres para irnos a la cala de Arroyo Cañuelo, una playa virgen en la que apenas hay gente, mucho menos por la tarde. Con suerte la encontraremos desierta y podremos dar rienda suelta a la

imaginación...

Pedimos una paellita de marisco para dos y tras comer nos tumbamos a descansar en la playa. A las tres y media estamos de nuevo en la plaza para recoger el equipo y dirigirnos al puerto. Vamos a sumergirnos a doce metros, y después de las clases de esta mañana creo que Miriam está lista para hacerlo. Una vez debajo del agua, le paso mi cámara acuática y me divierto viendo cómo le hace fotos a absolutamente todo. Cuando volvemos al puerto su cara de felicidad es todo un poema.

—¡Ha sido impresionante! —exclama al salir de la oficina— Verlo todo tan de cerca... ¡Quiero repetir!

No puedo evitar reír a carcajadas, parece una niña pequeña a la que han llevado por primera vez a la Warner.

—Ahora tenemos que irnos a otra parte —digo.

—¿Hay más?

—Pues sí, hay más. Os vais pasado mañana y hay algo que quiero enseñarte.

—Si es como esto, puedes enseñarme lo que te dé la gana.

En el puerto he quedado con el tipo del alquiler de lanchas, y pongo rumbo a Arroyo Cañuelo. Es una playa a la que solo se puede acceder por un pequeño sendero o por mar, y si lo hacemos andando terminaríamos volviendo de noche. En lancha no tardamos ni cinco minutos en llegar y pronto tengo la lancha parada y estoy extendiendo una toalla en la arena, junto a las rocas. Por desgracia aún hay un par de parejas desperdigadas por la playa, así que mi lujuria tendrá que esperar.

—Esta playa es preciosa —susurra Miriam mirando alrededor.

—Normalmente no hay gente, pero parece que hoy se le ha ocurrido mi idea a algunos más.

—No creo que la playa sea tuya —ríe ella.

—No, pero debería.

Saco de la mochila una botella de vino y un par de copas de plástico. Ella sonrío y sostiene las copas para que las llene.

—Vamos a brindar —sugiero.

—¿Por qué?

—Por las vacaciones —contestó chocando las copas—. Por los desastres que terminan saliendo bien.

—Por las nuevas amistades.

Casi nos hemos terminado la botella cuando me doy cuenta de que nos hemos quedado solos, y aún faltan un par de horas para que anochezca, así que tenemos tiempo de sobra para lo que tengo en mente. Cojo la copa de Miriam de

su mano y la dejo a un lado antes de hacerla tumbarse sobre la arena y colocarme a medias sobre ella.

—Ahora estamos completamente solos —susurro.

—¿Seguro? —pregunta mirando alrededor.

—Los demás tienen que volver por el camino que es bastante largo, así que sí, estoy seguro.

Sin más, uno mi boca a la suya, de la que sale un suspiro. Sus brazos se enredan en mi cuello y sus dedos juegan con mi pelo produciéndome un escalofrío. Su cuerpo es cálido y suave, y mi mano sube por su estómago hasta abarcar uno de sus pechos. Miriam gime y enreda sus piernas en las mías apretando su pelvis contra la mía. Mi polla empieza a cobrar vida y aparto el triángulo de tela que cubre su teta para pellizcar el pezón con los dedos sin apartar mi boca de la suya.

Mi lengua juega con la suya, la provoca, la reta, y mis labios aprisionan sus gemidos mientras mis dedos atormentan su pequeño pezón. Cuando me aparto de ella me meto el botón en la boca para lamerlo tranquilamente, sin prisa pero sin pausa, consiguiendo que Miriam se retuerza sobre la toalla. Sus dedos tiran de mi pelo para mantenerme firmemente pegado a sus tetas, y bajo la mano por su estómago hasta adentrarla por la cintura de las bragas. Sus labios están hinchados y húmedos, listos para darme con ellos un festín. Dejo un reguero de besos por su vientre y me deshago de la parte de abajo del biquini para colocarme entre sus piernas y hundir mi lengua entre sus pliegues.

—¡Joder, Hugo! —gime apretándose contra su dulce coñito.

Yo sonrío sin dejar de lamerla, al principio doy pequeñas pasadas que pronto se convierten en rápidas lamidas con la lengua entera. Su clítoris se hincha poco a poco, su piel se torna rosada y sus jugos corren por mi barbilla cuando meto la lengua en su canal. Con un dedo hago pequeños círculos sobre su clítoris, excitándola, volviéndola loca de deseo, y cuando me coloco sobre su cuerpo Miriam enreda las caderas en mi cintura y aprieta mi culo con sus talones.

—Fóllame, Hugo —susurra.

—Te aseguro que es lo que pienso hacer.

Me pongo de pie para quitarme el bañador, pero antes de que pueda volver a la toalla Miriam se ha puesto de rodillas y se mete mi polla entera en la boca. ¡Joder, qué gustazo! La puñetera es toda una experta, me engulle con tanta pericia que tengo que sujetarme a su cabeza para no terminar cayéndome a la arena porque me tiemblan las piernas. Con una mano me sujeta del culo y con la otra acaricia mis huevos, y su lengua juega con mi glande como si fuese un dulce helado de pistacho.

—¡Joder, nena, qué bien lo haces!

La dejo hacer unos minutos más, pero cuando estoy a punto de perder el control la aparto y la pongo a cuatro patas. Tras ponerme un preservativo que llevo en la mochila me pongo de rodillas y entro en ella lentamente, intentando no correrme al momento. Su preciosa espalda se curva dejando su sexo mucho más abierto y no puedo apartar la mirada del tribal que tiene tatuado en la nuca. Me curvo para poder lamerlo, y lleno de pequeños mordiscos su cuello logrando que se estremezca.

Pronto mis embestidas dejan de ser lentas, la lujuria toma el control y mi polla entra y sale de ella de forma errática. Un par de veces tengo que volver a colocarla con la mano porque se escapa de entre sus labios por lo resbaladizo que están, y cuando sus músculos se contraen a mi alrededor recorridos por el orgasmo me lanzan a mí de cabeza al mío propio.

Cuando recupero el aliento me doy cuenta de que empieza a anochecer, así que recojo las cosas a toda prisa y ayudo a Miriam a subir a la lancha para volver al puerto. Cuando llegamos a la casa Dani y Lidia están repantigados en el sofá viendo una película, pero no hay rastro de Pedro y Ester por ninguna parte

—Hola, chicos —contesto dejando caer la mochila en el suelo— ¿y los demás?

Dani señala la planta de arriba con una sonrisa, y de pronto me percató de los gemidos que se oyen a través del silencio. ¿En serio estos dos tienen la tele en silencio para oír lo que hacen los demás?

—Sois unos depravados —protesto dándole voz.

Miriam me mira sin entender nada, pero se sienta junto a su amiga y sube los pies sobre la mesa.

—Tengo que ducharme —comenta.

—Vamos, te acompaño —me ofrezco.

—¡Eso, escándalo doble! —bromea Dani.

—Gilipollas, yo tengo más clase —protesto.

—¿De qué habláis? —pregunta Miriam.

Dani vuelve a señalar al techo y Miriam se concentra en escuchar hasta que por fin logra pillar algo, porque sonrío.

—¡Y decía que no le gustaba! —dice riendo.

—Pues no lo parece —bromea Dani.

Tras darnos una ducha rápida bajamos a la cocina a prepararnos unos sándwiches para cenar. Nos sentamos con Dani y Lidia a ver la película, y cuando está en lo mejor aparecen Pedro y Ester con cara de auténtico relax.

—¿Qué veis? —pregunta Pedro.

—¡Calla coño que no me entero! —protesta Lidia.

—¿Es de acción? —pregunta nuevamente.

—Es la de los vengadores —contesta Dani sin apartar la vista de la tele— y como no te calles te corto los huevos.

Pedro se encoge de hombros y se deja caer en el sillón pequeño con Ester entre las piernas, y cuando termina la película nos echamos una partida al parchís. Sí, al parchís, que es un juego que no pasa de moda... y es el único que hay en la casa. A las tres nos subimos al dormitorio y aunque la intención era repetir lo de la playa, en cuanto echo el cerrojo Miriam se deja caer en la cama con un suspiro y cierra los ojos.

—¿Qué haces? —pregunto.

—¿Dormir?

—De eso nada... tenemos algo pendiente.

—¿El qué?

—Esta mañana te has reído de mí porque me pones cachondo, así que ahora vas a pagar las consecuencias.

—¡Vamos, ha sido culpa tuya! —ríe saltando de la cama— ¿A quién se le ocurre darse ese golpe para que se le baje la erección?

—Con esas cosas no se juega, muñeca... y me las vas a pagar.

Miriam corre por la habitación riendo a carcajadas, y grita cada vez que estoy a punto de alcanzarla. Para qué nos vamos a engañar, podría verla atrapado a la primera, pero me divierte verla dar saltitos intentando huir de mí. El juegucito está empezando a ponerme cachondo, está sacando a jugar a la bestia que todo hombre tiene en su interior, y cuando la capulla se saca la camiseta por la cabeza dejando al descubierto el sujetador de encaje me lanzo sobre ella haciéndole un placaje contra el suelo.

—¡Mierda, Hugo! —gime— Aparta, que me he quedado sin aire.

Yo obedezco preocupado, y en cuanto queda libre se escurre como una lagartija escapándose de mí. ¡Será cabrona! Salgo a correr detrás de ella, que se encierra en el cuarto de baño echando el cerrojo. Por suerte para mí es de esos que se abren con una simple horquilla, y en menos de dos minutos tengo a mi presa atrapada entre el lavabo y la pared.

—¿Ahora qué? —pregunto relamiéndome despacio.

—Ahora nada.

Está jadeante, y sus ojos reflejan una lujuria tan salvaje como la mía. De un tirón me cargo su sujetador dejándolo hecho jirones en el suelo y me meto su teta en la boca con ansias. Ella se retuerce, pega mi cabeza a su cuerpo y jadea en busca de aire, se baja los pantalones y las braguitas con rapidez para enredar las piernas en mi cintura. Me bajo los pantalones lo justo para dejar libre mi polla y me entierro en ella fuerte, rápido, desesperado por correrme. Sus uñas se clavan

en mi espalda cada vez que salgo de ella, y con unas cuantas embestidas tengo a Miriam convulsionándose por el orgasmo. Sigo moviéndome dentro de ella con rapidez, mis embestidas son frenéticas, erráticas, y cuando siento que el orgasmo se acerca salgo de ella para correrme sobre las losas de la pared.

Cuando consigo recuperar el aliento llevo a Miriam hasta la cama y me dejo caer a su lado con un suspiro.

—Si tus venganzas son siempre así, puedes vengarte cuando quieras — suspira.

Me río sin fuerzas. Esta mujer es un auténtico caso... adorable y seductora... pero todo un caso.

Capítulo 6

Hoy es el último día que podré disfrutar de Miriam en condiciones, porque mañana estará liada haciendo la maleta para marcharse por la tarde. La verdad es que me da pena que se vaya porque nos lo hemos pasado muy bien juntos. He de reconocer que la tía es una máquina en la cama y además es divertida, y de no ser por ella las vacaciones habrían sido más aburridas.

Dani y Pedro se han ido con sus amigas a hacer submarinismo porque parece que les ha dado envidia de nosotros, así que tenemos la casa para nosotros solos hasta la tarde. Observo a mi compañera de juegos sin moverme de la hamaca. Está sentada en el borde de la piscina leyendo un libro, y parece bastante metida en la historia porque lo mismo se parte de risa que empieza a llorar como si le hubiesen roto el corazón. Me había propuesto dejarla tranquila hasta que lo terminase, pero llevo aquí sentado como un gilipollas cerca de una hora y la verdad es que me estoy aburriendo como una ostra.

—¿Interesante? —pregunto al fin.

—¿Cómo dices?

—Que si es interesante el libro que estás leyendo.

—¡Ah! Pues la verdad es que mucho.

—¿De qué trata?

—De amor en la época Victoriana.

—O sea, que no hay sexo.

—Sí que lo hay.

Ya me va interesando más el libro... Me acerco a Miriam y me siento a su espalda colocando las piernas a ambos lados de su culo e intento leer algo por encima de su hombro.

—¿Qué haces? —pregunta mirándome de reojo.

—Leer contigo, ¿qué si no?

—¿Es que te gusta la novela romántica?

—¿Y por qué no me iba a gustar? ¿Porque soy un tío?

—No, pero no te veo yo con una novela de este tipo en las manos.

—Estás siendo sexista.

—No, estoy siendo realista. Reconoce que en tu vida has leído una novela

romántica.

—Bueno, no, pero este es un buen momento para empezar a hacerlo, ¿no?

—Muy bien —responde volviendo a la lectura.

Intento leer algo, pero entre que desde esta distancia no veo una mierda y que el sol me está dejando ciego, termino por desistir.

—¿Por qué no vamos dentro y me lees un trozo mejor? —sugiero— El sol me está matando.

Miriam se levanta y se deja caer en el sofá del salón, y yo termino repantigado en el suelo a su lado.

—Ivette Blessington iba a casarse —empieza a leer—. Ni siquiera había sido presentada en sociedad, acababa de salir de la escuela de señoritas...

—Espera, ¿has empezado desde el principio?

—Pues claro, ¿cómo vas a enterarte de la historia si no?

—¿Por qué no te centras en una de esas escenas sexuales que dices que hay?

—Eres un salido —contesta riendo.

—Tal vez, pero no me dirás que no tiene su morbo...

—Muy bien...

Tras ojear el libro unas cuantas veces Miriam escoge una página y comienza a leer.

—Cogió una fruta madura, y untándola en la crema, la acercó a la boca de Ivette. El jugo de la fresa resbaló por su barbilla, y él no tuvo ningún reparo en recogerlo con su lengua caliente.

—La verdad es que está bastante bien...—digo imaginando nítidamente la escena que describe... aunque en vez de esa Ivette y su amante la estamos llevando a cabo Miriam y yo.

—Stefan untó otra fresa con la crema y la deslizó por su pezón, ya erecto, para después limpiarlo con su boca. Lamió, chupó, mordió la cresta rosada durante lo que a ella le parecieron horas.

Ya me he puesto cachondo... le arranco el libro de las manos y señalando la página con un trozo de servilleta de papel, me levanto de un salto y voy al frigorífico. Saco el bote de nata que vi esta mañana y me acerco a ella con una sonrisa diabólica.

—¡No! —protesta saltando hasta parapetarse detrás del sofá.

—¿Por qué no? Será divertido.

—Porque me pringas.

—Pero si voy a limpiarte enterita... con la lengua.

—Hugo... ni se te ocurra.

—La culpa es tuya por darme ideas. Si te hubieras limitado a leer un polvo

normalito ahora no estaría fantaseando con comerte el coño untado de nata.

Miriam sale a correr escaleras arriba entre carcajadas, y cuando llego a la habitación la encuentro tumbada en la cama con los brazos en cruz completamente desnuda.

—Y no querías jugar... —susurro acercándome.

—Después seré yo quien te llene a ti de crema.

—Sabes que me dejo, preciosa.

Tras agitar bien el bote, quito la tapa y me meto el pitorro en la boca para llenármela de nata. Miriam ríe, pero intenta apartarme cuando hago lo mismo en su boca. La nata termina saliendo por las comisuras de sus labios a borbotones, y me agacho para limpiarla con la lengua.

—Eres un guarro —protesta.

—¿Y ahora te das cuenta?

Formo una rosa de nata sobre su nariz y vuelvo a lamerla, y Miriam cierra los ojos con un suspiro. Me tumbo a medias sobre ella para poder moverme mejor, y tras cubrir sus pezones con nata comienzo a lamerlos. Mi lengua juguetea con sus crestas, las acaricia, y muerdo su piel con los dientes arrancándole gemidos que inundan mis oídos.

—Mmm... delicioso —susurro.

Dejo una línea de nata bajar desde sus pechos hasta su estómago, y pongo un montoncito en su ombligo, que se encoge ante el frío.

—El ombligo no —advierte.

—¿Por qué?

—Porque me da angustia que me lo toquen.

Río por lo bajo antes de hundir la lengua en el pequeño agujero y lamer hasta la última gota de nata. Miriam se retuerce, me aparta y protesta, pero no la dejo en paz hasta que dejo su ombligo como los chorros del oro.

—Eres imbécil —protesta intentando zafarse.

—Vamos, era broma.

—Pues una broma muy pesada.

—Luego podrás vengarte, te lo prometo.

Tras limpiar la nata de su estómago cubro su dulce coñito con ella y me coloco entre sus piernas.

—Mmm... mejor que las fresas con nata del libro —susurro—. ¿Qué hacía el tío ese ahora? —Muerdo su muslo—. ¿Tal vez esto?

—Se centraba más arriba —gime ella agarrando la sábana con fuerza entre sus dedos.

Beso su estómago por debajo del ombligo logrando que ella se retuerza.

—¿Aquí, tal vez? —pregunto inocente.

—No, un poco más abajo.

Paso la lengua por sus labios quitando el exceso de nata y la miro con inocencia.

—¿Así?

—¡Quieres comerme el coño de una vez! —protesta.

Suelto una carcajada antes de hacer lo que me pide. En cuanto mi lengua entra en contacto con su piel ella grita, se arquea buscando mi boca y aprisiona mi espalda con sus piernas. Lamo lentamente sus labios, su clítoris hinchado, y cuando lo dejo bien limpio aprisiono el pequeño botón con los dientes y tiro despacio de él.

—¡Joder, Hugo! ¡Sí, sigue así! —gime con los ojos apretados.

Paso mi lengua una y otra vez sobre su sexo, aumentando poco a poco el ritmo y la presión de mis caricias. Los dedos de Miriam se enredan en mi pelo, sus talones me aprietan y sus jugos llenan mi lengua. Meto entonces un dedo en su canal y busco su punto G para acariciarlo con firmeza sin apartar mi lengua de ella. Miriam ha pasado a gritar frases sin sentido, a retorcerse sin control y a intentar apartarme de su cuerpo para que me la folle de una vez por todas, pero hasta que no siento sus paredes contraerse alrededor de mi dedo debido al orgasmo no me coloco encima de ella para empalarla hasta el fondo.

—¿Esto es lo que quieres, gatita? —ronroneo moviendo las caderas en círculos.

—¡Joder, sí!

—¿Quieres que te folle? ¿Que te dé fuerte y duro?

—¡Sí, sí!

—Eres una pequeña traviesa, Miriam... y voy a darte lo que pides, te lo aseguro.

—¡Fóllame, Hugo!

Sus palabras consiguen que tenga que apretar los dientes con fuerza para no perder la cabeza, y alargo la mano hasta el cajón de la mesita de noche para coger un condón y ponérmelo antes de dejarme llevar por completo. Cuando levanto la vista veo que Miriam está colocada a cuatro patas sobre la cama, con su espalda deliciosamente curvada y una sonrisa de diablilla en los labios.

—Sabes que me vuelve loco esa postura, ¿verdad?

—Y tú sabes que me encanta que me folles así, ¿no es cierto?

Tras ponerme de rodillas en la cama la cojo de la cintura y entro despacio en ella. Miriam gime y entierra la cabeza entre sus brazos cuando empiezo a moverme, al principio despacio, pero pronto las embestidas se vuelven frenéticas e intensas. La habitación se llena con el sonido de mi polla al entrar en su coño encharcado y nuestros gemidos, que suben de volumen hasta que tengo que

taparle la boca a Miriam para que no se entere la playa entera. El placer es intenso, hasta el punto de que estoy a punto de correrme y apenas he empezado, pero quiero que Miriam se corra conmigo, así que me tumbo de lado a su espalda y tras pasar su pierna por mi cintura vuelvo a penetrarla. Esta postura me permite tocarla a mi antojo, así que jugueteo con su pezón con una mano y con la otra acaricio su clítoris, consiguiendo que cuando el orgasmo me recorre como un rayo sus músculos me expriman presos del suyo. Cuando recuperamos el aliento, Miriam se coloca a horcajadas sobre mi cintura con una sonrisa.

—Tengo que descansar, gatita, no soy Superman —suspiro.

—¿Y quién dice que lo que tengo en mente es follarte?

Me ha pillado desprevenido y logra agarrarme las muñecas con una mano y con la otra empieza a hacerme cosquillas. La miro con una ceja arqueada, sin inmutarme, porque jamás he tenido cosquillas, y ella resopla dejándose caer a mi lado de nuevo.

—Aguafiestas —protesta.

—¿Aguafiestas? ¿Qué culpa tengo yo de no tener cosquillas?

—Podrías haber disimulado un poco.

—¿Esa era tu terrible venganza por lo del ombligo? —resoplo— Vaya venganza más chapucera.

—Si tuvieses cosquillas sería la caña —intenta defenderse.

—Admite que era una idea pésima.

—Ya lo sé.

—¿Tienes hambre? —pregunto levantándome— Vamos a preparar algo de comer.

—¡Pero si te has comido el bote entero de nata!

—Aún tengo hambre.

—Eres un comilón.

—Lo reconozco. Vamos, tal vez encuentre otra cosa comestible para poner en mi nuevo plato de almorzar.

Ella niega con la cabeza y corre hasta la ducha, donde se encierra para poder ducharse tranquila. Ya saldrás, dulzura... ya saldrás.

Capítulo 7

El domingo me despierto antes del amanecer. No sé por qué, pero me siento raro al pensar que Miriam se marcha hoy. Ojalá tuviésemos más tiempo para dar rienda suelta a la lujuria, pero la verdad es que nuestro encuentro ha llegado a su fin. Mirándolo detenidamente, ni siquiera sé de dónde es ella, ni siquiera la edad que tiene. Nos hemos limitado a llevar a cabo una aventura de verano divertida y excitante, tal vez la mejor aventura que he tenido en mucho tiempo, pero como todas las aventuras debe terminar.

Miriam aún duerme profundamente. Anoche estuvimos bastante creativos a la hora de dormir y pasamos despiertos gran parte del tiempo, y aunque se marcha esta tarde debería levantarse para preparar su equipaje, porque ha traído ropa para todo un año aunque se ha quedado solo una semana.

Acaricio su nariz con la punta del dedo, pero en vez de abrir los ojos Miriam protesta en sueños y da un manotazo al aire, haciéndome reír.

—Vamos, dormilona, despierta —susurro.

Me levanto de la cama y subo la persiana dejando entrar a raudales el sol de la mañana, y Miriam reacciona tapándose la cabeza con la almohada.

—Tienes que hacer el equipaje —advierto.

—Más tarde.

Me acerco a la cama y acaricio con la yema de los dedos su espalda desnuda. Anoche terminamos tan cansados que no fuimos capaces de levantarnos para ponernos ropa interior, y mi polla empieza a reaccionar al recordarlo.

—O te levantas o te follo —amenazo.

Ella en vez de inmutarse se pone bocarriba con las piernas abiertas y los brazos en cruz, pero aunque no ha abierto los ojos una sonrisa asoma en sus labios. Me acerco a ella lentamente y me siento a su lado para darle un beso en el hombro, y ella ronronea y me muestra su cuello para que haga lo mismo con él.

—Así que quieres que juguemos... —susurro.

—Eres una mala influencia —protesta—. Te paseas por ahí en bolas y me provocas.

—Yo te provoco... ¿Y tú, que te has abierto de piernas en cuanto has tenido oportunidad? Mira mi polla cómo está por tu culpa.

Miriam abre un ojo y mira hacia abajo, pero vuelve a cerrarlo sin moverse.

—No es para tanto, la he visto en mejor forma que eso.

—Con que esas tenemos...

Intento abalanzarme sobre ella pero pone las manos en mi pecho para impedírmelo.

—Ahora en serio, Hugo, estoy muerta. Necesito dormir un poco más o voy a quedarme dormida al volante.

—Tengo una idea, colócate bocabajo.

Ella obedece aunque me mira con desconfianza, y voy al cuarto de baño para coger el aceite corporal.

—Voy a darte un masaje —susurro—, verás que bien duermes después.

Me siento sobre su culo y cubro mis manos de aceite. Aunque no llegué a terminarlo hice un curso de quiromasajista y puedo presumir de dar masajes de película, así que empiezo a masajear la espalda de Miriam con firmeza. Al primer contacto de mis manos aceitosas sobre su piel ella gime y entierra la cabeza en la almohada. Me centro primero en sus hombros tensos porque sus músculos están agarrotados en esa zona, y bajo lentamente por sus brazos hasta el codo.

—Madre mía, eres bueno... —susurra Miriam.

—Eso dicen.

Bajo las manos por su lado derecho hasta sus glúteos, que se tensan al contacto, y subo de nuevo por el izquierdo con movimientos circulares. Miriam me provoca con sus gemidos, pero necesita descansar y no voy a ser un capullo. Continúo con mi masaje sin inmutarme, centrándome ahora en su cuello dolorido y presionando los puntos necesarios para relajarla. Las manos empiezan a arderme, pero sigo con la tarea hasta que ella se vuelve abruptamente y agarrándome de la nuca pega su boca a la mía con ansia.

—Se suponía que ibas a relajarte —susurro apartándome.

—Cállate y fóllame.

—Mmm... está mandona la tía... Me gusta.

Ella tira de mí haciéndome caer sobre ella con una carcajada, y empieza a dar besos por todo mi pecho con efusividad. Nuestros cuerpos resbalan por el aceite y termino dando un espaldazo en el suelo con ella a horcajadas sobre mí.

—¿Te has hecho daño? —pregunta riendo.

—Me he roto la espalda, nada más —bromeo.

—Si solo es eso... podemos seguir.

Miriam abre el cajón de la mesilla y saca un condón que lanza sobre mi pecho. Acto seguido apoya las palmas de las manos sobre la pared y me mira con el culo en pompa y una sonrisa.

—¿En serio? —protesto.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta así?

—No es que no me guste, es que estamos bastante descompensados en altura para hacerla. Ayer terminé con dolor en las rodillas.

—Muy bien...

Miriam se acerca y me empuja hasta dejarme sentado en el borde de la cama. Coge el paquetito y saca el condón con sensualidad antes de desenrollarlo sobre mi polla. Tras besarme fugazmente en la boca, me da la espalda y se sienta, literalmente, sobre mi polla.

—¡Ay, joder! —gimo apretando la mandíbula— Eres mala...

—¿Por qué? —pregunta haciendo círculos con la cintura— ¿Es que no te gusta esta tampoco?

—Sabes que con esta duro dos asaltos, nena... va a ser rapidito.

Miriam empieza a botar sobre mi verga y yo atrapo una de sus tetas con una mano mientras entierro la otra entre sus labios. No pienso correrme sin ella, así que acaricio su clítoris con firmeza mientras intento controlar mi orgasmo, que ya está haciendo acto de presencia. Miriam ondea las caderas haciéndome salir casi por completo de ella, y coloca su mano sobre la que tengo entre sus piernas para marcarme un ritmo más rápido.

Muerdo su hombro en un intento de controlarme, pero el placer es demasiado intenso, y cuando creo que he perdido la batalla Miriam se convulsiona a mi alrededor lanzándome de cabeza a mi eyaculación.

Por la tarde, permanezco apoyado en el coche de alquiler mientras Pedro y Dani ayudan a las chicas a meter el equipaje en el maletero. Han comprado tantas cosas que tienen que meter varias bolsas en el asiento de atrás, así que Lidia, que es la afortunada de ocupar ese asiento, va a tener que ir un poco apretada. En cuanto tienen todo listo, cierran el maletero y Miriam se acerca a mí con una sonrisa.

—Gracias por unas vacaciones inolvidables —susurra jugueteando con mi camiseta.

—Créeme, ha sido mutuo.

Tiro de su cintura hasta pegarla contra mi cuerpo y le doy un beso de despedida. Quiero recordar el sabor de sus labios el máximo tiempo posible, porque reconozco que la cabrona ha conseguido dejarme huella.

—Ha sido un auténtico placer conocerte, Hugo.

—Eso suena a despedida definitiva.

—Es lo que es.

—No tiene por qué ser así.

Ella me mira con una ceja arqueada que me hace sonreír.

—Hagamos un trato. Quedemos el año que viene en vernos en el mismo sitio.

—Yo no puedo costearme esta casa de nuevo, ¿sabes?

—Nadie ha dicho que tengamos que quedarnos aquí. Nos encontraremos en Barbate, en la plaza del faro, dentro de un año exacto a las seis.

—¿Y si nuestra situación ha cambiado? ¿Y si tengo pareja?

—En ese caso olvídate de nuestra cita, lo entenderé.

—¿Y qué pasará si vengo?

—Intentaremos mejorar este verano, ¿qué te parece?

—Me parece imposible mejorarlo, pero si sigo sola, allí estaré.

La beso fugazmente en los labios y la observo entrar en el coche. Tal vez sea una locura pensar que el año que viene alguno de los dos se acordará de este verano, pero la vida está hecha para cometer locuras, ¿O no?

Table of Contents

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)